

GUILLERMO FELIU CRUZ

RAMON A. LAVAL
(1862 - 1929)

*La bibliografía de bibliografías
chilenas*



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile
1969

*Para Ernesto Galliano, que en la
Biblioteca Nacional convivió la
vida funcionaria con el hombre
bueno y noble que evocan estas
líneas.*

G. F. C.

Un espíritu lleno de bondad. Ramón A. Laval perteneció a una generación en la cual la tradición humanística se mantenía muy viva y seguía la herencia de Andrés Bello, conservada con impresionante fervor en los colegios de la enseñanza secundaria. En todas las actividades intelectuales que Laval desarrolló con verdadera modestia, descolló como un serio investigador. Fue postalógrafo, gramático, calígrafo, bibliógrafo, folklorista, bibliotecario, profesor y funcionario público ejemplar. El bibliógrafo y el folklorista se destacan en su vida literaria en forma muy nítida y conforman una personalidad atrayente por la calidad humana del espíritu. Cruzó la existencia para servir, ayudar y siempre dar.

La familia de Laval. Había nacido Laval en la ciudad de San Fernando el 4 de marzo de 1862. Su padre era francés. Se llamaba Ramón Eduardo Laval y estudió en la Escuela Politécnica de París, hasta recibirse de ingeniero. Trabajó en la construcción del ferrocarril de París a Lyon, en el socavón de Blais. Al proclamarse la república en 1848, el ingeniero Laval dejó su profesión y se convirtió en periodista, en un revolucionario, en un hombre de acción, en defensa de la libertad y de los derechos políticos y civiles de los elementos liberales cuya representación había tomado. Combatió en las calles de París en junio de ese año, empuñando —como dice uno de sus biógrafos— el fusil del combatiente, y con las manos todavía negras de pólvora, tuvo que abandonar a sus amigos...”. Se exilió a California. Aquí se dedicó a explotaciones mineras del oro en los Placeres con resultados ingratos. En las jornadas revolucionarias de su patria, Laval había consumido todo el haber paterno entregándolo para servir la causa que defendía. Su carácter aventurero, imaginativo y emprendedor, lo hizo enrolarse como comandante de ingenieros en la desgraciada expedición de Rousset Boulbón, siendo condenado a muerte en Guaimas. Salvó la vida gracias a las gestiones de los cónsules extranjeros

en el Perú. Se estableció entonces en Lima dedicándose a la enseñanza de las matemáticas y del dibujo en varios colegios de esa capital.

Dice Pedro Pablo Figueroa en las apuntes biográficas que seguimos, que Laval fue llamado a Chile por el ingeniero E. Chevalier para trabajar en la construcción del ferrocarril de Santiago a San Fernando. Participó también en el levantamiento de la línea férrea de Valparaíso a Santiago y prestó su concurso en los proyectos de una dársena y de un tajamar en el puerto de Valparaíso. Formó parte Laval, además, de la comisión de estudios que proyectó la línea del ferrocarril de San Fernando a Curicó, pasando en seguida a preparar el proyecto de línea férrea de Chillán a Talcahuano. Ya por esta época, Laval se encontraba con su salud quebrantada. Se estableció en Valparaíso y se le nombró Profesor de Dibujo de la Escuela Naval, y, al mismo tiempo, emprendió como contratista las obras de los fuertes Callao y Pudeto, correspondiéndole hacer los terraplenes y los cuarteles de esas construcciones. Muy próximo a su fallecimiento, emprendió la obra de gran envergadura de la extracción de piedras en la punta de Duprat. Pero ya las fuerzas apenas si sostenían a Laval. Se recuerda que días antes de su fallecimiento, apenas pudo hacer la clase en la Escuela Naval y hubo de ser conducido a su hogar donde luego expiró en julio de 1868.

Durante la permanencia en San Fernando, conoció a la señora María Alvear, chilena, con quien contrajo matrimonio, y de cuya unión nacieron seis hijos, que a la muerte del padre quedaron en una triste situación económica. La voluntad de la madre de alcanzar para sus hijos una situación, la obligó a empeñarse en grandes sacrificios hasta conseguir para ellos la mejor educación a fin de que prosperaran en la lucha por la vida.

El carácter de Laval. “Leal y franco, llano de corazón, hombre de un espíritu distinguido y de conocimientos muy variados”, llamó al ingeniero Laval el periodista que en Valparaíso comentó su fallecimiento. Su hijo Ramón tuvo muchas de sus virtudes. Heredó de la sangre gala, las aptitudes de la inteligencia, el sentido del orden, de las proporciones, de la belleza, de la armonía. En cambio, no recibió del padre las actitudes de protesta ni las exaltaciones revolucionarias de aquel hombre de lucha. El hijo fue la expresión en la vida de lo circunspecto, de lo medido, de lo sensato, de lo posible. Las penas de un hogar pobre, modesto; los duros trabajos de la madre para mantener la subsistencia y el decoro del hogar, la formación religiosa que imponían las virtudes con renunciamiento de los apetitos egoístas de la voluntad, hicieron de Laval un hombre esencialmente de disciplina, respetuoso de la autoridad, contraído al trabajo, amante de la escuela moral en que sus padres rigurosamente lo formaron. Laval por sus sentimientos profundamente religiosos era conservador. En 1891 no siguió a su partido en la Revolución de 1891. En 1920, sin ostentación se separó de la agrupación de sus simpatías, y las dio a la cau-

sa de la candidatura Alessandri, que representaba la justicia; el derecho social y las aspiraciones de la clase media. Dentro de la granítica consistencia moral de Laval, la actitud que entonces tomó reservadamente, de acuerdo con su conciencia, era, sin duda, revolucionaria.

La imagen sicológica de Laval, tal como la comprendemos nosotros, la ha trazado con mucha precisión Carlos Silva Vildósola, maestro en el arte del retrato. "La del señor Laval —decía aquel escritor— es personalidad sencilla en apariencia, pero compleja y difícil de definir si se la estudia con atención. Predomina en su espíritu un fuerte instinto de medida, de proporción, de lógica en las ideas, de todo eso que sus antepasados llamaron "la belle armomnance", siente el aguijón de una viva curiosidad por conocer las relaciones entre las cosas y al mismo tiempo una modestia y desconocimiento de sus propias fuerzas que lo inducen a buscar de preferencia lo pequeño, consciente acaso de que en el mundo microscópico están los orígenes del universo, mejor manifestados que en los seres de grueso volumen. Laval ha pasado su vida, serena y plácida en apariencia, seguramente agradable en el reino interior de su alma, preocupado de investigaciones desinteresadas, observando en células sociales, en manifestaciones semiocultas y pequeñas el secreto del alma de su pueblo". "Laval —dice en otra parte Silva Vildósola— tenía un sentido artístico de la vida... Su entendimiento se me figura comparable con el de un entomólogo, un cultivador de estudios microscópicos. Halla grandeza en la pequeñez, eleva a la categoría de fenómenos portentosos los hechos pequeñísimos que el vulgo no percibe, se asoma con una visión capaz de magnificar lo infinitamente pequeño a un mundo que, investigado en sus relaciones, sus causas y efectos, resulta enorme".

Los antecedentes del padre facilitaron en parte la educación de los hijos. Aquel francés revolucionario, avocinado en Chile, logró que sus méritos los reconociese su patria, y al efecto, en mérito de sus antecedentes, lo hizo Caballero de la Legión de Honor.

Estudios de Laval y vida administrativa. Doña María Alvear resolvió establecerse en Santiago y fuese a vivir al populoso barrio de la Recoleta. En el colegio de la Recoleta Dominica, Laval hizo excelentes estudios primarios y secundarios. Alcanzó a ser teólogo y minorista. Egresó de la Recolección el 30 de abril de 1883. Mostró especiales aptitudes para el dibujo, para la caligrafía y, en general, para las bellas artes, y con parsimonia, de acuerdo con su carácter reposado y a la vez curioso, se aficionó a la lectura de los clásicos latinos, españoles y franceses. A los 21 años ingresó a la Administración Pública. El mismo Laval escribió de su puño y letra la historia de su carrera funcionaria en la hoja de "Relación Personal" de sus servicios. En ella consignó estos antecedentes: "Oficial de número de la Administración Principal de Correos de Santiago, 30 de abril de 1883. Secretario de la misma, 17 de octubre de 1891.

Jefe de Sección de la Biblioteca Nacional, 7 de abril de 1892. Secretario de la misma Biblioteca, 30 de enero de 1905. Sub-Director y Secretario del mismo establecimiento, 27 de febrero de 1913. Director accidental de la misma Biblioteca, 9 de agosto de 1910. Profesor de Caligrafía del Instituto Nacional, 11 de junio de 1895. Profesor de Escritura y Dibujo del Instituto Comercial de Santiago, 31 de mayo de 1899. Profesor de los mismos ramos en el Liceo de Santiago, 13 de diciembre de 1899. Director suplente de la Biblioteca Nacional, 29 de diciembre de 1920". Hasta aquí las anotaciones de Laval. Agregaremos nosotros que en agosto de 1925, obtuvo la jubilación cuando había cumplido 42 años de servicios públicos.

También Laval anotó en su hoja de servicios las comisiones que le correspondió desempeñar. Apuntó que en mayo de 1896, la Dirección de la Biblioteca Nacional le encargó la visita de las imprentas de la provincia de Valparaíso, y en enero de 1903, las de Linares, Maule, Ñuble, Concepción y Arauco, con el fin de que hiciera efectivas las disposiciones relativas a la ley de imprenta, en cuanto estas se relacionaban con el Depósito Legal de Impresos en la Biblioteca Nacional. Un decreto supremo del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de 29 de abril de 1913, comisionó a Laval para estudiar en los Estados Unidos y en Europa, la instalación y organización de las mejores bibliotecas públicas y el funcionamiento del servicio de canje internacional para aplicar a la Nacional de Santiago lo que fuera compatible con la naturaleza de su administración. Este viaje abrió a Laval en su vida intelectual amplios horizontes para su cultura, especialmente en el campo bibliográfico y en el del folklore. En enero de 1922, la misma Biblioteca lo distinguió con otra comisión para hacer cumplir a las imprentas de las provincias de Tarapacá y Antofagasta las disposiciones legales acerca del depósito de impresos en ese establecimiento.

Juicio sobre el funcionario público. Tal fue la vida funcionaria de Laval. Se la puede presentar como un modelo. En los 42 años que sirvió en la administración pública, la hoja de "Relación Personal" consigna dos licencias, un mes por enfermedad en febrero de 1886 y 12 días por igual razón, en junio de 1918. Asistencia y puntualidad ejemplares. Era el primero en llegar a su despacho y el último en abandonarlo. Atendía con solicitud y un interés siempre entusiasta. Era cordial, comunicativo, participaba en los asuntos de los demás con perjuicio de lo suyo propio. El desprendimiento y la generosidad le caracterizan en una manera especial. Tuvo la cualidad de identificarse con el servicio a que pertenecía.

"En la Administración Principal de Correos, fue el hombre de confianza, el brazo derecho del Administrador don Luis Valdés —como dice su biógrafo Samuel Ossa Borne— que lo trajo a trabajar a su lado y le confió su secretaría. En breve tiempo, Laval poseía los detalles del servicio que había de colocar-

lo en situación de expedirse con corrección y celeridad, y aliviar y facilitar las tareas de su jefe, en el trabajo en general y sobre todo —continúa Ossa Borne— en las necesariamente rápidas indagaciones y soluciones reclamadas por la impaciencia de un público nervioso y no siempre culto. Al mismo tiempo que este trajín, que a cada instante interrumpía la lectura atenta de las numerosas comunicaciones —hacer sus anotaciones y tramitación— que cotidianamente se recibían de la Dirección y las diversas oficinas, los particulares y comerciantes, el mismo Laval —calígrafo maravilloso—, se encargaba de poner en limpio las comunicaciones originarias de la administración y vigilaba todos los trámites para asegurarse del pronto despacho de ellas. En diciembre de 1886, la oficina era dotada de un secretario titular (Samuel Ossa Borne), novicio que al tomar posesión del cargo se encontró con la imponderable ayuda del señor Laval, quien más que su subordinado fue su consejero, un verdadero maestro, un amigo excelente e invariable hasta sus últimos años, no obstante frecuentes y prolongados cambios de residencia de aquel. Los acontecimientos de 1891 tuvieron también efectos en la administración de los correos: don Luis Valdés, fue nombrado Director General y, como era lógico, no olvidó a Laval. Cuando el señor Ramón Luis Irrázaval volvió al cargo de Director, creyó Laval —que era por su naturaleza apasionado de la sinceridad y escrupuloso en extremo— que debía seguir la suerte de su jefe y amigo Valdés, y buscó orientaciones fuera del correo. Un amigo de don Ramón Laval y de don Luis Montt, logró interesar a este caballero por llevar a aquél a una jefatura de sección de la Biblioteca Nacional, con tanta voluntad que supo contrarrestar las intrigas que perseguían hacer de Laval una persona no grata ante el nuevo gobierno, tachándolo de adicto a la Dictadura y de haber tenido nombramientos e intervención en actos incorrectos durante ella. Don Luis Montt dio oído a las impugnaciones de tal intriga, cierto de que don Ramón Laval carecía de filiación política conocida, y de que era persona consagrada del todo a sus deberes funcionarios, que había guardado siempre para sí, en el fondo de su propia conciencia, toda otra opinión, ajena a su credo religioso, como católico escrupulosamente observante. Aun cuando a petición de don Luis Montt, sus servicios Laval los prestara desde los últimos meses de 1891 en la Biblioteca, el decreto de su nombramiento se firmó solamente el 7 de abril de 1892, y desde los primeros días tuvo la confianza del señor Montt y pasó a ser su amigo de la mayor intimidad, situación que se mantuvo, acentuándose cada día, hasta el fallecimiento de éste distinguido jefe, a quien reemplazó en el carácter de interino, durante algunos meses.

“Don Carlos Silva Cruz, sucesor de don Luis Montt en la propiedad del cargo de Director de la Biblioteca, lo fue asimismo en la amistad de don Ramón Laval, y dio pruebas constantes de reconocerle sus excepcionales condiciones de colaborador; entre otras, la creación de los empleos de Secretario en 1905 (?), y de Sub-Director en 1913, y pruebas de confianza y estimación co-

mo la de designarle su reemplazante cuando hubo de dejar momentáneamente la Dirección de la Biblioteca para desempeñar, entre otras, las funciones de Ministro de Estado". Laval se encarnó con la Biblioteca. Silva Vildósola dice que "fue por varios años una especie de catálogo viviente de la Biblioteca Nacional, por aquellos tiempos uno de los establecimientos más desordenados, más revueltos, más oscuros, material y moralmente, que había en Chile. En la humedad y el frío del viejo caserón destartado de la calle de la Compañía, donde seguramente contrajo la enfermedad que lo llevó a la muerte —(el corazón)— Laval era lo único seguro, el guía, la esperanza de todo el que buscaba algo más allá de lo manoseado. "Pregúntese Ud. a Laval", era el consejo de un investigador a otro. "Voy a preguntarle a don Ramón", era la respuesta que los empleados daban al que deseaba un libro o un documento. Era Laval tan gran bibliotecario que nunca llegó a Director de la Biblioteca. Ignoraba los pasillos ministeriales. Se habría perdido en los vericuetos parlamentarios que entonces conducían a los altos empleos nacionales. Era incapaz de procurarse la amistad de los poderosos. Y no la necesitaba. Sin la arrogancia del caballero de la Triste Figura, pero con igual conciencia de su propio valer y de la altura de su vocación, pudo decir don Ramón Laval que unos iban por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, pocos por el de la verdadera religión, y él iba por la angosta senda de sus estudios, en cuyo ejercicio despreciaba la hacienda, pero no la honra".

La obra de Laval y su bibliografía. Laval compuso su bibliografía y clasificó los temas que abarcó en el curso de su carrera literaria. La tendencia a los estudios de erudición son manifiestos, pero había en este rastreador del origen de las cosas y del espíritu, un hombre de fina sensibilidad para comprenderlas, sentirlas, poetizarlas, sin desvirtuar lo que de ellas era propio, lo que constituía su esencia. La clasificación que Laval hizo de sus escritos comprende los rubros siguientes: 1. Historia del Correo. 2. Cuestiones postales. 3. Filatelia. 4. Labor en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. 5. Arqueología. 6. Reseñas bibliográficas y críticas. 7. Biblioteca (asuntos bibliotecarios). 8. Folklore. 9. Bibliografía. 10. Varios. Aunque gran parte de la producción de Laval en diarios y revistas lleva su firma, en muchas ocasiones suscribió sus trabajos con seudónimos. Sabemos de los siguientes: M. de Lara; L. Madera; Ed. Lamar; R. Adamel y M. Adler, esparcidos en los varios periódicos en que colaboró como, por ejemplo, la *Revista Postal*, Santiago; los *Anales de la Sociedad Filatélica*, Santiago; *Post Office*, de Nueva York; *Revista de Historia y Letras*, de Buenos Aires; *Revista de Folklore Chileno*, Santiago; *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago; *Revista Chilena de Historia y Geografía*, id., fundada por Enrique Matta Vial; *Revista Chilena*, id.; *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, id., fundada por Emilio Vaisse; *Boletín*

de la *Academia Chilena de la Lengua Correspondiente de la Real Española*, id.; *El Peneca*, id. y *Revue de Traditions Populaires* y *Revue d'Etnographie et Traditions Populaires*, ambas de París.

Fue redactor de *El Ferrocarril*, diario para el cual escribió reseñas bibliográficas y críticas y en *El Mercurio* de Santiago, su nombre aparecía de tarde en tarde para dar cuenta o comentar algún suceso cultural de interés público. A medida que su producción literaria era apreciada, las instituciones sabias lo atraían a su seno. Fue socio y académico de los institutos que a continuación y sin orden enumeramos: Sociedad Chilena de Historia y Geografía, de la cual fue fundador y Secretario General por larguísimos años; Sociedad Científica de Chile; Sociedad Filatélica de Chile; fundador de la Sociedad de Folklore Chileno; Sociedad Nacional de Profesores; Academia Chilena de la Lengua correspondiente de la Real Española; Sociedad de Geografía de Buenos Aires; Sociedad de Geografía de Río de Janeiro; Real Academia de la Historia de Madrid; Academia de Ciencias de Lisboa; de la Sociedad de Americanistas y de la Sociedad de Etnografía y Tradiciones Populares, ambas de París.

La Historia del correo de Chile. Laval entró en la carrera literaria con pie firme y se destacó como erudito desde el primer momento. En el tiempo que permaneció en la Administración Principal de Correos, no obstante sus intensas labores, se dedicó a estudiar la historia de este servicio, a familiarizarse con los asuntos postales y a enterarse de lo que es la filatelia en un cuádruple aspecto: como negocio administrativo, (especie valorada); signo de seguridad estatal de la correspondencia; fuente de vinculación internacional, y, por último, expresión de arte, ya que el sello, como la medallística y la moneda, representan, o deben representar, un sentido estético. Laval no era un filatélico que atesorase el sello como un coleccionista. Lo amaba porque él era artista. Así también amaba la tradición popular, la leyenda, la conseja, el cuento, la anécdota, lo eminentemente popular en que se vacía el alma de un pueblo.

La especialización ha dividido la concepción del pasado en el alcance de su estudio. Estamos acostumbrados a creer en nombre de la pereza de pensar y por la repetición incesante, de que un historiador es el que estudia los sucesos políticos, económicos, sociales, militares, etc., en las líneas generales. Los eruditos, se dice, añaden el material de los datos. Hay cierto desconocimiento y desprecio hacia aquellos espíritus que dan a lo social del alma colectiva de un pueblo, en su estudio mismo, una importancia secundaria, casi sin valor. Laval creyó que la revelación última de la sicología nacional, aunque de origen española y ésta con raíz en el oriente, se había, al fin, conformado a un sentimiento de chilenidad, o sea, a una manera peculiar, propia de una idiosincrasia. Hacia dos rumbos propendió en sus estudios fundamentalmente. Averiguó el origen de algunas instituciones y exploró en el folklore el alma nacio-

nal. ¿Es solamente un interés histórico, político, administrativo etc., el que despierta el conocimiento de los medios de comunicación del hombre con su semejante? Sin duda, hay algo más. Las relaciones de los seres humanos han sido la base del progreso humano, y comenzó antes de que las ciencias prosperaran. Cuando Laval acometió por primera vez en Chile el estudio histórico de la institución del correo en la Capitanía General, en una forma sistemática, el argentino Ramón J. Carcano había publicado en Buenos Aires en 1893, en dos volúmenes en 8º—, con algunos grabados, la valiosa obra *Historia de los medios de comunicación y transporte en la República Argentina*. Laval que entonces investigaba la misma historia, institucionalizada en una administración de correos, desesperaba de conocer ese libro. Le decía a su amigo y confidente Samuel Ossa Borne, el 9 de diciembre de 1898: “Cuando se haya gozado bien el libro de Carcano, le ruego me lo proporcione. Lo he encargado a varias personas a la Argentina y al Uruguay, pero sin resultado”. Es probable que más tarde conociera el libro, pero cuando redactaba los capítulos de la historia del correo chileno, no lo tuvo en sus manos. Como fuente de información general acerca de los medios de transporte de correos, contó con las valiosas informaciones proporcionadas por Barros Arana en el tomo VII de la *Historia General de Chile*, publicado en 1886, desde la incorporación a la corona de este servicio durante el reinado de Carlos III. En el número 17, de 18 de junio de 1898 de la *Revista Postal* de Santiago, comenzó Laval a publicar las *Apuntaciones para la Historia del Correo Chileno*. I (1768-1854); siguió a este, un segundo artículo con el mismo nombre, que abarcaba el período de 1855 a 1874, referido a la personalidad del geógrafo Francisco Solano Astaburuaga, que perteneció al servicio como su Administrador. Este artículo vio la luz en la misma *Revista Postal* en el número 18, de 25 de junio de ese año. *La Palabra*, diario de Valparaíso, lo reprodujo en su número 7, de 25 de julio. Anterior a este escrito, porque pertenece al número 12 de la citada *Revista*, aparecida el 14 de mayo de 1898, es el que lleva por título *Don Juan Miguel Riesco Droguett*, Administrador que fue de la institución. También lo reprodujo *La Palabra* en su edición de 22 de agosto de ese mismo año de 1898. En los números 48 a 80 de 3 y 28 de agosto de 1899, Laval insertó los *Documentos para la historia del Correo de Chile*. Siguió con su plan, y en homenaje al Dr. Thebusen en la misma *Revista Postal* de 14 de agosto de ese año de 1899, publicó el estudio que intituló *Contribución a la historia del Correo en Chile*.

Los títulos generales de algunos de los artículos de Laval, no alcanzan a dar una idea de su valioso contenido. En ellos encuéntrase noticias sobre Gregorio González (1768-1770); acerca del Doctor Fernando José de Urizar (1770-1809), de nacionalidad chilena, a quien debe considerarse, como dice Laval, “el verdadero creador del correo en este país”; informaciones tocantes a Juan Bautista Aeta; Francisco Prats y Domedel; Antonio Vergara; Francisco de Borja Irrázaval; Alejo Currel; Juan Ramón Casanova y Ramón G. Concha, du-

rante “cuya administración se llevó a cabo el establecimiento del franqueo previo por medio de estampillas adhesivas y se bajó el porte de la correspondencia”, como lo atestigua el cronista. Es curioso que estudios tan serios como estos de Laval no se les haya reeditado en revistas especializadas de historia, sobre todo si se considera que las investigaciones y aportaciones del escritor, siguen siendo hasta ahora las únicas que se han hecho con relación específica al correo chileno, basándolas documentalmente.

Pero Laval avanzó también hacia los tiempos modernos y llegó hasta su época. En un artículo que no alcanza a dar idea de la sustancia que contiene dado su vulgarísimo título, *El Personal de empleados del Correo Chileno*, hizo un extracto de las memorias de los directores del servicio, hasta Ramón Luis Irrarázaval, en el cual presentó el personal que habíase ocupado en el servicio. Laval así contribuía con un sentido claro y bien preciso, a establecer los elementos humanos que, en una u otra forma, habían contribuido al desarrollo de la institución. Este artículo que, con su sencillo título da idea de la modestia de Laval, resulta una brújula orientadora para el estudio del servicio de correo. Se publicó en la *Revista Postal*, número 13 de 21 de mayo de 1898, y es el primero de la serie de los estudios sobre la historia del correo. La idea de hacer esa historia lo había dominado hacía tiempo. Concibió, primero, una bibliografía y después decidióse por la historia. A Samuel Ossa Borne, su amigo y confidente, como hemos dicho, le escribía el 8 de enero de 1899 “Yo he estado arrojando materiales en todo este último tiempo para emprender la factura de una Historia del Correo de Chile; tengo algunos documentos interesantes, pero no todo lo que conviene tener. Cuando principié a sacar copias no tuve aquella intención, pero después en vista de tanta cosa buena, caí en tentaciones, y he principiado últimamente a revisar de nuevo todo el archivo, desde el año 1823, con que principia lo relativo al correo. Pensaba en la Exposición Filatélica de París, anexa a la Universal, que tendrá lugar en 1900, a la que podría presentarse el trabajo”. E invitaba a Ossa Borne a colaborar, diciéndole: “Si quiere, le atracamos mejor a esto, que sería cosa nueva”. Como siempre acontece con los estudios históricos en su diversificación infinita, el historiador de la institución —y además el funcionario del correo— sin quererlo fue penetrando en el campo de las postalografía.

El Postalógrafo. Hemos dicho que Laval fue un postalógrafo que realizó en el ramo investigaciones de importancia que aun tienen vigencia por la originalidad de los asuntos. Dos folletos hay, rarísimos, nos quedan de esta etapa del postalógrafo. Uno se intitula: *Algunos antecedentes sobre el franqueo oficial. Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897.* 4º— de 11 páginas. Publicado primeramente en los *Anales de la Sociedad Filatélica, Santiago* (III, 103-113), se aprovechó la composición para hacer una tirada de 40 ejemplares. El folleto no lleva la firma de Laval, sino la de su seudónimo:

M. de Lara. Ossa Borne, juez tan competente como imparcial en la apreciación de la postalografía, manifestaba que es este “un interesante estudio sobre el desequilibrio de las entradas y gastos postales, motivado por la franquicia oficial; relación documentada de las gestiones hechas desde 1874 para establecer el franqueo oficial, disposiciones gubernativas para implantarlo desde 1897 y demostración de su conveniencia”. El otro folleto que recordamos tiene un largo título y dice así: *Sobre una falsificación de los sellos de multas de Chile, emisiones de 1895 y 1897 y del tránsito a mejor vida de las estampillas para multar la correspondencia del mismo país... Por M. Lara*. Carece de designación, lugar y año. Sin embargo, sabemos que este fue, como reza la portada, un trabajo leído en la sesión celebrada el 29 de junio de 1899, en la Sociedad Filatélica de Chile y mandado publicar en los *Anales* de la corporación por acuerdo del directorio. Son 11 páginas en 4º— ¿Se quiere conocer la minuciosidad con que Laval realizaba sus investigaciones y como procedía para, en conciencia, efectuarlas? Oigámosle lo que le dice a su corresponsal Ossa Borne. El 25 de mayo de 1898, le escribe: “Recibió el sello de 20 que le mandé ayer? Yo pienso que este sello sí que tiene caracteres manifiesto de falsificación: papel más delgado que el empleado por la compañía que los fabrica; tinta diferente a la de los sellos buenos, la de este es negra sucia en vez de gris; el grabado es evidente que no es igual al de los legítimos; la superficie perfectamente lisa parece indicar que el sello es litografiado; impresión imperfecta, *empaté*; tamaño un poco mayor que el de los sellos originales. El sello de 10 centavos que Ud. nos ha enviado (remití a su destino con la correspondiente nota los demás enviados por Ud.) parece ser bueno; el grabado es irreprochable; sólo queda el color que puede discutirse, que evidentemente es diferente del común de los sellos de su valor. Puede haber sucedido que al colocar la plancha en la prensa para imprimirlos estuvieran los rodillos con tinta roja de la de los sellos de 2 centavos u otra, tal vez el de 25 centavos que olvidarían limpiar y esta tinta mezclada con el anaranjado daría el color triste que tiene el sello en cuestión. Este es mi parecer (S. E. u O.)”. La investigación comprobó las dudas de Laval.

Animado del deseo de dar a su servicio el conocimiento público que por su importancia requería, escribió para la *Revista Postal* (números 24-25) de 7 y 13 de agosto de 1898 un artículo sobre la Memoria del Director General de Correos correspondiente al año de 1897. Servía entonces ese cargo Rafael García Reyes. Después de pasar revista a los progresos realizados por la institución, señalaba las necesidades del Correo en el país, formulaba un plan de reformas más o menos inmediatas y hacía ver que cualquiera conquista en el servicio postal, era un progreso en todos los órdenes de la vida nacional. Laval no firmó naturalmente ese artículo, limitándose a suscribirlo con un nombre cualquiera. Muchos años más tarde, Laval reveló ser suyo ese escrito. Cada vez que las circunstancias lo permitían el postalógrafo dilucidaba asuntos admi-

nistrativos con los cuales ilustraba el criterio del público y de los empleados del servicio. En la misma *Revista Postal* de 27 de agosto de 1898 expedía un verdadero informe con el título *Consulta si en el peso de las cartas influye el de las estampillas con que están franqueadas*. En los *Anales de la Sociedad Filatélica de Chile* (VIII, 13-25), correspondiente al año 1920, escribió el brillante artículo *Sobre fabricación de estampillas y otros valores del Estado en el país*, pronunciándose decididamente por el establecimiento de una oficina de Especies Valoradas. Laval fue el pionero de la idea que más tarde el Presidente Montt y su Ministro Agustín Edwards debían llevar a cabo.

El Filatélico. La labor del postalógrafo casi se confunde con la del filatélico. Ya hemos dicho como entendió Laval esta afición, en la cual, como en la otra, fue sin duda un especialista. La filatelia como arte, como técnica, como elemento de recurso económico del Estado y como parte de la administración pública, todos y cada uno de estos aspectos preocupaban a Laval. Las publicaciones que hizo al respecto así lo demuestran, y como éstas corren paralelas con las postales, la confusión se extrema porque a veces aparecen en el mismo mes y año unas y otras. Hemos tenido especial cuidado de separar los temas, y así nos encontramos que en 1897, con el seudónimo de M. de Lara, publica en Santiago, por la Imprenta y Encuadernación Barcelona un folleto en 4º— de 77 páginas en total, más una lámina fuera de texto con este nombre *Sobre timbres de inutilización e indicadores de multas y otras marcas por el Correo de Chile*. Apareció este estudio en los *Anales de la Sociedad Filatélica, Santiago* (III, 17-87) y se hizo de él una edición de sólo 16 ejemplares numerados. La crítica señaló este estudio “como el trabajo más acabado y de mayor aliento que haya visto la luz sobre tema tan interesante”. Un año después, en 1898, Laval daba a luz un nuevo ensayo con el seudónimo de M. de Lara, que será el que casi siempre use en esta clase de disquisiciones filatélicas. El vehículo para imprimirlo fueron los *Anales de la Sociedad Filatélica, Santiago* (IV, 81-93), haciéndose un folleto en 4º— de 16 páginas, con dos láminas fuera de texto, con el título que sigue: *Breve noticia sobre las cubiertas timbradas y sellos usados por las oficinas de Correo del departamento Litoral de Bolivia como signo de franqueo desde 1872 hasta 1879. Santiago, Imprenta Roma, 1898*. Laval hace aquí una breve pero compendiosa relación de la geografía de esa región, la que ilustra con un croquis o carta que da idea muy clara de las localidades, la ubicación y las líneas de correos que hacia esa época existían. Los datos que consigna sobre el estado del servicio de correos son realmente impresionantes. Para la preparación y estudio de este notabilísimo trabajo, como dice uno de los críticos de Laval, le fue preciso revisar una inmensa cantidad de memorias y documentos oficiales bolivianos que prolijamente cita como base de sus afirmaciones. En prosecución del plan metódico de sus estudios filatélicos, “M. de Lara” en febrero de 1898, entregaba al público, en una

edición de 40 ejemplares, una nueva contribución, la que, como otras anteriores era una separata de los *Anales de la Sociedad Filatélica Santiago* (iv, 30-61), a la que daba el nombre de *Noticia sobre las estampillas para multar correspondencia usada por el Correo de Chile. Santiago. Imprenta Cervantes, 1898*, folleto en 4º— de 31 páginas, con una lámina fuera de texto. Advirtamos que el estudio de Laval mereció los honores de ser reproducido en el periódico de Nueva York, *Post Office*, en *Le Timbrophile postivin de Poitiers* y en la revista *Madrid Filatélico* de la villa del oso y del madroño.

Por último, en trabajos de la índole a que nos estamos refiriendo, debemos mencionar el que también vió la luz en los tantas veces citados *Anales* (v, 79-85), con el ya tradicional seudónimo de M. de Lara, y que intituló: *Sobre las primeras emisiones de tarjetas postales de Chile*, escrito que alcanza a 7 páginas, sin designación de lugar ni año, de tamaño 4º—. Esta contribución filatélica, fue comentada en forma muy especial, haciéndose un extracto del estudio en *L'Union Postale Universelle*, órgano de la oficina Internacional de la Unión Universal de Correos, editada en Berna en tres idiomas (xxv, 7 de julio de 1900). Se dijo en ese número: "El trabajo interesante de M. de Lara nos enseña... que la tarjeta postal ha sido introducida el 24 de diciembre en la América del Sur, y que, gracias a la iniciativa del señor Riesco, la República de Chile se anticipó al respecto no solamente a la mayor parte de los países de América, sino que también a un gran número de países de Europa". Riesco, el individuo a quien se alude, era el Director del servicio, Juan Miguel Riesco y Droguett. *El Mercurio* de agosto de 1906, de Valparaíso, reprodujo el artículo del diario de Berna.

La colaboración en los *Anales de la Sociedad Filatélica Santiago*, Laval la había comenzado algunos años antes de las publicaciones que hemos recordado. Nos referimos a las filatélicas y no a las postales. Las primeras datan de 1895 y las más antiguas son las que llevan los títulos que siguen: *Tarjetas de Servicio de Santiago y Valparaíso* (II, 43-47); *Exactitud en los Albunes* (II, 53-54); *¿Aún más tarjetas de servicio?* (III, 95-97) del año 1897. Son de 1900: *Sellos para el cobro de conducción de paquetes postales (encomiendas)*, suscrito por L. Madera (VI, 17-19); *Provisionales y más provisionales*, con el seudónimo de Ed. Lamar (VI, 33-43); *Sobre un proyecto para hacer una nueva emisión de sellos, con breves observaciones y comentarios*, por R. Adamel (VI, 44-50) y *El sellito aquel*, por L. Madera (VI, 51-52). En 1901, encontramos el siguiente artículo: *Nuevo siglo* (VII, 3-4) y en 1902, una comunicación dirigida a la Sociedad Filatélica de Chile con el nombre: *No era lo que necesitábamos*, firmada por Ed. Lamar (VII, 23-32). El último artículo que registran los *Anales* es también del año 1902, cerrándose con él su tarea filatélica. Lleva por título: *Dos rectificaciones al catálogo de los sellos chilenos y algunos breves datos sobre los sellos emitidos en 1900 y 1901*, por M. de Lara (VII, 35-40).

La “*Revista Postal*” y los “*Anales de la Sociedad Filatélica*”. Las dos publicaciones periódicas en que Laval se dio a conocer como historiador del correo chileno, postalógrafo y filatélico, si no fueron fundadas por él, por lo menos fue de ellas un animador y activista incomparable. La *Revista Postal* —nos informa el mismo Laval— fue “fundada, dirigida y sostenida por el entonces Administrador Principal de Correos de Valparaíso, el entusiasta y progresista caballero don Samuel Ossa Borne...; daba cabida en sus columnas a las disposiciones administrativas sobre correos y a los estudios sobre historia, estadística, geografía, literatura y bibliografía postales escritas por el mismo señor Ossa Borne y algunos amigos suyos de Valparaíso y Santiago, prestando con ello valiosos y positivos servicios a los empleados del ramo”. El mismo fundador de la publicación nos dice que nació en febrero de 1895, como anexo de *La Revista Comercial* de Valparaíso, editándose independientemente a partir del 14 de mayo, en el número 12. Contó desde sus primeros números “entre sus más activos y entusiastas colaboradores a don Ramón A. Laval. Grande y constante —continúa diciéndonos Ossa Borne— fue su interés porque esta publicación tuviese vida próspera, y él era el primero en celebrar todo artículo que le agradase, y el ingreso de nuevos colaboradores”. La correspondencia personal de Laval con Ossa Borne, revela la preocupación incesante del primero por la marcha de la revista y sus desvelos por su prosperidad. Laval y Ossa Borne eran de la misma edad y se encontraban animados de un fuerte celo por el servicio público, identidad de aficiones postales y literarias. Durante toda la vida, mantuvieron una amistad ejemplar. Laval antecedió a Ossa Borne en la muerte, y entonces el amigo entrañable de toda una existencia, valiéndose de su correspondencia, escribió un ensayo sobre su vida realmente impresionante por el sentimiento que lo inspira y la desgarradora verdad con que está presentada, con sus propias palabras, el alma de Laval.

Volvamos a la otra revista en que escribió Laval. Aparecieron los *Anales de la Sociedad Filatélica Santiago*, en 1892 y se llamó asimismo “publicación dedicada a los coleccionistas que hablan español y especialmente a los filatélicos hispano-americanos”. Agregaba: “no siendo periódica, no aparecerá con la frecuencia que fuera de desear”. Los *Anales* sirvieron de órgano a la Sociedad Filatélica. Sus orígenes, débiles y sin porvenir, debido al asunto de sus estudios en un ambiente en que la especialidad a que se consagraba apenas si tenía cultivadores desde el punto de vista científico y sí, muchísimos, desde el de la aventura comercial, no fueron tan perecederos. Ossa Borne, secundado por Laval, logró darle a la institución un fuerte impulso. En 1894, la Sociedad había crecido con la incorporación de socios entusiastas y de espíritu científico. Laval se contaba entre los más progresistas. También doña Luisa Rojas de la Cruz, la esposa del Ministro de la Corte Suprema Elías de la Cruz, Miguel Cru- chaga Tocornal, Juan Agustín Morán, Germán Greve, Roberto Gatica, José Miguel Besoain, Guillermo Pérez Valdivieso, Aureliano Oyarzún, Luis Prieto Lu-

co y otros, fueron “los que tomaron —manifiesta Ossa Borne— soluciones encaminadas a dar importancia a la institución y hacer que los *Anales* tuviesen el mayor interés y la representasen honrosamente... el señor Laval tomaba las cosas a pecho y fue, en realidad, el alma de este resurgimiento de la publicación, la cual, en efecto, cobró no escasa importancia y la mantuvo hasta los primeros años del siglo xx, hasta cuando por circunstancias a que no ha debido ser ajena la mala situación económica del momento, se redujo el número de socios, debido también a que algunos de éstos por la misma razón vendieron sus colecciones de sellos, lo que privó a los *Anales* de recursos para sostenerse, y acaso de un número suficiente de colaboradores”.

Redactor de “El Ferrocarril”. Bibliografía de la Semana. Los trabajos de Laval que hemos recordado, eran el fruto de las pocas horas dedicadas al hogar, al descanso. A veces ni siquiera los días festivos eran suyos, porque debía trabajar como calígrafo. La Biblioteca le absorbía todo el tiempo. En marzo de 1899, su situación era apurada. “Con la supresión de la clase que hacía en el Instituto he quedado embromado. Cincuenta pesos mensuales menos y un chico más; estoy medio frito, y tengo que trabajar como un diablo para redondearme esa suma”, —escribía a su amigo Ossa Borne. En otra, del mismo año: “Con la muerte de mi cuñado no han terminado mis afanes —le dice al mismo corresponsal—; antes, al contrario, parece que han aumentado, pues mis hermanas no tienen otra persona que yo de quien valerse en todos sus asuntos”. Estas aflicciones fueron pasando con una dura vida de trabajo, que llegó a constituir para Laval un hábito, un sistema, una manera de ser, y mediante una rígida disciplina, satisfacer con agrado, con gusto, las obligaciones de su cargo y las dilecciones intelectuales que tan fuertemente le atraían. Lector apasionado, siempre con lápiz en la mano, no tardó mucho en encontrar quien aprovechara su vocación para servir de orientador a los lectores de un gran diario santiaguino, *El Ferrocarril*, fundado en 1855 por Juan Pablo Urzúa (1825 - 1890). Laval nos ha contado como entró a la redacción de ese rotativo. “Por invitación del señor Manuel Salas Lavaqui —ha escrito— último director de *El Ferrocarril* de Santiago, Laval se hizo cargo de la sección *Bibliografía de la Semana*, desde que se estableció en este diario el domingo 15 de enero de 1911, y alcanzó a publicar 183 reseñas bibliográficas, en su mayor parte de libros chilenos y sudamericanos. Las últimas aparecieron el 8 de junio del mencionado año”. Caracterizan esas reseñas una pronunciada objetividad. Casi siempre el autor hace una exposición general de la obra y señala lo que en ella constituye lo original, la parte más novedosa. Prefería Laval para estas reseñas los libros de historia, derecho, medicina, gramática, geografía, folklore, bibliografía, sociología, etc. Con intención de estimular más que de criticar, sus juicios son siempre bondadosos, inspirados en una gran comprensión de las graves dificultades que en América presenta el trabajo intelectual. El alma

bondadosa de Laval surge espontánea de estos comentarios. A veces, cuando la obra es realmente mala, las palabras empleadas por el crítico están medidas para no herir, para no desilusionar y dejar amargura en el escritor. Estimula. La dureza no se compadece con el crítico. Realmente no quiso serlo, ¿pero quién hubiera podido dudar de su capacidad para ejercitarla? Cultura, buen gusto, fina percepción espiritual para juzgar, distinguir y apreciar y sensatez, en resumen, —tal fue la condición definitiva de su ser— le sobraban. Sin embargo, la bondad no le permitía siquiera molestar con una disimulada franqueza, lo que merecía un reproche. Los autores nacionales de los cuales habló y que después han llenado con sus nombres la literatura, en los ramos de las ciencias y las artes, son precisamente los que ocupan un lugar en la historia cultural chilena. No los vamos a nombrar. Al hacerlo, cometeríamos una injusticia. Laval hablaba de los escritores del día, de aquellos que llegaban a su poder por el envío de sus obras, de los que el mismo podía procurarse. ¿Cuántos de mérito dejaron de llegar a la mesa del redactor de *El Ferrocarril*? Las crónicas de Laval representaban un estudio serio y bondadoso al estímulo de la producción intelectual chilena.

Después de concluida la faena en *El Ferrocarril*, Laval quedó por un breve tiempo sin tribuna. La publicación de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, en ese año de 1911, le permitió continuar con las reseñas bibliográficas. Pero a veces desbordó su campo propio, para buscar en un diario de tanta circulación como *El Mercurio* de Santiago, la oportunidad de expresar su sensato pensamiento. Así, por ejemplo, en ese diario del 10 de junio de 1921, escribió un artículo con el título de “Bibliografía Militar”, a propósito de la obra proyectada por un antiguo militar. Volvió sobre este tema con el nombre de *Una obra de interés nacional* en el mismo diario de agosto 29 de 1921. Deberé recordar que también en *El Mercurio* de 3 de enero de 1924, Laval me hizo el honor de comentar mi primer libro, en artículo lleno de las más lisonjeras expresiones, fervoroso en cuanto al porvenir del novel escritor y animado de recuerdos del personaje a que estaba consagrada aquella obreja. Este artículo lo intituló: *Un hermoso libro*. Comentaba mi obra sobre don Enrique Matta Vial publicada con prólogo de Armando Donoso. Igualmente, son suyos otros comentarios para dar a conocer algunos libros extranjeros. A propósito del libro del erudito lexicógrafo argentino Ricardo Monner Sans, *Barbaridades que se nos escapan en el hablar*, editado en Buenos Aires en 1924, Laval escribió para el rotativo santiaguino un artículo al cual dio el nombre de: *Vocablos argentinos*. Apareció el 19 de octubre de 1924.

En otras ocasiones, colaboró con muy eruditas notas bibliográficas en la *Revista Chilena* de su amigo queridísimo Enrique Matta Vial, y habiéndonos correspondido hacernos cargo de la dirección del mensuario, publicamos la valiosa nota acerca de la obra de Aurelio M. Espinosa, *Cuentos populares es-*

pañoles recogidos de la tradición oral en España y publicados con una introducción y notas comparativas por la Universidad de Stanford, California. Un año más tarde en *El Diario Español* de Buenos Aires de 15 de julio de 1925, se daba a conocer un largo artículo crítico de Laval con el título: *Dos obras argentinas sobre lenguaje*. Trátase del libro de Estanislao Zeballos, hijo, intitulado: *Glosario ortográfico de la lengua castellana*, Buenos Aires, 1925 y del de José Leoncio Vargas, *Desarrollo de los programas en vigor... de las escuelas de la Capital y Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, S. A.

En la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. La Revista de Historia. Al morir *El Ferrocarril* en 1911, después de una existencia de más de medio siglo de influencia decisiva en la vida nacional, Laval, uno de los muchos redactores del gran diario, encontró en una institución que nacía un lugar para continuar la obra de dar a conocer la producción intelectual chilena y americana en los ramos de las especialidades que hemos señalado. En ese año, Enrique Matta Vial, erudito compilador de la *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile* y de la *Colección de Viajeros relativos a Chile* y fundador de la *Revista Nueva* en 1900, pudo dar forma a un viejo proyecto acariciado desde la juventud: la de fundar una revista de carácter especial que reuniese la labor de todos los investigadores de las ciencias históricas. Veía levantarse contra su proyecto algunos obstáculos. Le parecía prematuro encarar una revista dedicada a estudios especiales. Los amigos a quienes consultó pensaban que una publicación semejante se malograría en la cuna, porque estimaban que en el público no existía aún esa cultura que sabe alentar con su generosidad y entusiasmo el trabajo intelectual. Al mismo tiempo, a Matta Vial le asaltaban ciertos temores. Venciéndolos, sin embargo, se decidió a tentar el campo. Y después de estudiar las posibilidades de éxito que podría envolver su proyecto, de definir claramente el objeto de esa publicación, el género de estudios a que se consagraría, reunió los materiales para una revista. Esos cuadernos llevaron el nombre de *Revista Chilena de Historia y Geografía* y su primer número apareció en mayo de 1911. Contrariamente a lo que pensaban los amigos de Matta Vial y el mismo, la publicación encontró una favorable acogida, que permitió a su director presagiar la posibilidad de un proyecto más vasto, como ser la fundación de un instituto de ciencias históricas, idea acariciada también en otro tiempo, en 1900. En este año, siendo Ministro de Justicia e Instrucción Pública Carlos Palacios Zapata, se dictó el decreto de creación de una "Sociedad de Historia y Geografía" y no prosperó la institución. Desde entonces Matta Vial aguardaba el momento oportuno. En la exposición que escribió al frente del primer número, sobre el plan que se proponía llenar la *Revista*, Matta Vial expresó el más amplio criterio y el más sincero propósito de servir únicamente los estudios de investigación histórica. Comenzó por declarar que no pretendía reconocer determinadas ideas,

y pedía la colaboración de todos los estudiosos y de aquellos individuos que conservaban papeles de familia y documentos históricos para darlos a conocer en la *Revista*. Manifestaba el propósito de publicar en esas páginas los trabajos que se le enviasen acerca de las ciencias auxiliares de la Historia, tales como los geográficos, etnológicos, etnográficos, folklóricos, numismáticos, geológicos, meteorológicos, sismológicos, arqueológicos, etc. Fuerza es conocer que el rápido éxito que obtuvo en el público la nueva *Revista*, se debió particularmente al criterio que guió a Matta Vial en la forma amable y atrayente con que recogió el material de lectura, todo el especializado, pero sugestivo y llamado a despertar la curiosidad.

Desde el primer número contó con las mejores firmas de los investigadores en materias históricas: José Toribio Medina, Crescente Errázuriz, Alberto Edwards, Tomás Thayer Ojeda, Julio Vicuña Cifuentes, Domingo Amunátegui Solar, Francisco Valdés Vergara, Tomás Guevara, Ricardo Latcham, Ramón A. Laval, Aureliano Oyarzún, Luis Francisco Prieto del Río, Joaquín Santa Cruz, Francisco A. Encina, y otros más, que entonces comenzaban a destacarse tales como: Ernesto de la Cruz y Armando Donoso. Matta Vial publicó con su nombre como Director sólo cuatro números de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

Instado por su generosidad y desinterés y teniendo en mira el propósito de fundar un instituto de ciencias históricas, cuando creyó asegurada la existencia de la publicación, consagró Matta Vial todos sus pasos a este exclusivo objeto. Movié a sus amigos, interesó a los estudiosos, a los funcionarios del Ministerio de Instrucción donde tenía gran valía, animó a los profesores y estudiantes del Instituto Pedagógico, movilizó a los catedráticos de la Escuela de Derecho, atrajo a sus amigos y personalmente, enseguida, recogió adhesiones en todas partes. Un colaborador tan eficaz como decidido encontró al pronto. Ramón A. Laval fue el alma de aquellos pequeños detalles de organización y quien dirigió las iniciativas del proyecto de Matta Vial. Laval fue uno de los fundadores de la *Sociedad Chilena de Historia y Geografía*. Este título no es nada entre la turbamulta de hombres eminentes y jovenzuelos presuntuosos que suscribieron el acta de fundación de la nueva corporación. El hecho de suscribir un papelucho ¿qué quería decir? Al hacerlo, Laval consciente y responsablemente contraía un compromiso, un deber de honor, un propósito intelectual verdadero de servir. La Sociedad se constituyó el 21 de septiembre de 1911 por las diligencias de Enrique Matta Vial. En la sesión de establecimiento de la Sociedad, se nombró a Laval miembro de la Junta Directiva y se le asignó el cargo de Director de la *Revista Chilena de Historia y Geografía* que Matta Vial había cedido para que fuera el órgano de la nueva corporación. Dijo entonces Laval con esa franqueza cordial que era tan suya: "Por lo que a nosotros toca —digámoslo con entera franqueza— si hemos aceptado el puesto honroso y de ardua tarea con que se nos ha favorecido, débese

únicamente a que nos alienta la esperanza de contar con las valiosas colaboraciones e indicaciones de nuestros distinguidos consocios". Pero Laval fue más que director de la *Revista*. Luego pasó a ocupar el cargo de Secretario General de la Sociedad. Y lo fue durante 14 años. Además, en calidad de Secretario de las secciones de Antropología y Etnografía y de la de Folklore, Laval, sin faltar a ninguna sesión, se hizo el alma de la Sociedad. Según su costumbre, se encarnó con ella. La historia de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, la escribió Laval en forma perfectamente documentada a través de las memorias en que dio cuenta de la marcha de la institución. Escribió la relación de los méritos y servicios del instituto, como diría un cronista de la época barroca, desde el 21 de septiembre de 1911 hasta el 13 de diciembre de 1920. Hizo así la historia de los orígenes y de sus primeros pasos. Siete son esas memorias. La última corresponde a la sesión general de socios del día 13 de diciembre de 1920. En 1926, la Sociedad discernió a Laval su más alta distinción con motivo de su alejamiento. "La Sociedad Chilena de Historia y Geografía, deseando hacer un homenaje especial a su Secretario fundador —dijo— le discernió el nombramiento de Consejero Honorario, honor que recibe, por primera vez, uno de sus miembros chilenos". Era un reconocimiento para lo mucho que había hecho por la Sociedad. Matta Vial había conformado la noble personalidad de Laval a su imagen y semejanza en cuanto a la significación de la institución. El fundador falleció en 1922, y Laval fue el espíritu, el ánima, la imagen de su amigo en la alta tuición de la Sociedad. Siguió inspirándola en la misma doctrina, en el ideal que aquél le impusiera a la *Revista* y a la Sociedad. Fuera de las labores administrativas que demandaron a Laval intensa atención como ejecutivo en su triple carácter de Secretario General, Director de la Revista y Secretario de las Secciones de Antropología y de Folklore, le fue dado reanudar la tarea interrumpida en *El Ferrocarril* al concluirse este diario. En la *Revista*, acaso con menos periodicidad encontró amplio campo para proseguir la reseña bibliográfica de aquellos libros que particularmente le agradaban o le eran enviados al periódico. En las páginas correspondientes a la sección *Bibliografía* en diferentes números escribió notas expositivas, reseñas, críticas bibliográficas y críticas sobre los autores que enseguida se indican: Angelis, Pedro; Aguilera Rojas, Eladio; Almkvist, Hernán; Araujo, Orestes; Carranza, Adolfo; Cavada, Francisco J.; Chacón, Juan; Debenedetti, Salvador; Flores, Maximiano; Fonck, Francisco; Fuenzalida Grandón, Alejandro; Galdames, Luis; González Guinan, Francisco; Lehmann - Nitsche, Roberto; Medina, José Toribio; Menéndez Pelayo, Marcelino; Ossa F., Vicente; Oyarzún, Aureliano; Porter, Carlos E.; Posnansky, Arthur; Puig y Verdager, Jaime; Robles Rodríguez, Eulogio; Rodríguez Marín, Francisco; Román, Manuel Antonio; Sierra Carranza, José; Silva A., Luis Ignacio y Thayer Ojeda, Tomás. En la misma Revista (I, 404 - 410), se reprodujo un artículo con el seudónimo de Laval, M. de Lara, que había visto la luz en *El Ferrocarril* de Santiago,

acerca de *Tiahuanacu*, el que también apareció en *El Correo de Bolivia*, editado en la ciudad de La Paz de 28 de junio de 1911. La *Revista Psíquica* de Valparaíso, lo insertó en su número de 2 de enero de 1912. En forma especial, como en este caso, preocupóse Laval de otros autores, tales como de Juan B. Ambrosetti; Joao Ribeiro, Carmen Lira y Eric Boman.

La obra de Laval ha sido apreciada por Aniceto Almeyda en una reseña histórica de la Sociedad con estas palabras: "...soportó —dice— el peso de la labor más constante durante el período de la organización y de los primeros años de la Sociedad, como Secretario General y Director de la *Revista*. En reconocimiento de sus méritos se le designó miembro honorario, distinción que recibía por primera vez un socio chileno. Había sido funcionario de Correos durante diez años y desde 1892 empleado de la Biblioteca Nacional, donde llegó a ser subdirector". Fue Secretario General desde 1911 hasta 1925. Director de la *Revista* desde enero de 1912 hasta el 23 de octubre de 1915. Presidente de la Sección de Arqueología y de la de Folklore.

El Folklorista. La Sociedad de Folklore Chileno. Los libros folklóricos de Laval. Sus artículos. Laval debe ser considerado como uno de los precursores de los estudios folklóricos en Chile. ¿Cuándo comenzó a interesarse por este género de investigaciones? La más lejana referencia la encontramos en 1888. Tenía 26 años. "Siendo yo empleado de la Administración Principal de Correos de Santiago —nos informa Laval— desempeñaba el puesto de Oficial 2º de la misma administración don Francisco Muñoz Donoso, hermano del canónigo y famoso orador sagrado, don Esteban Muñoz Donoso en cuya compañía y en la de toda su familia, vivía en la calle de Santa Rosa. Un día que varios empleados de la oficina hablábamos de tipos raros de Santiago, Muñoz Donoso nos refirió la curiosa historia de un zapatero que contaba haberse vuelto gallo, y habiendo yo manifestado deseos de oír de boca del mismo zapatero protagonista tan peregrina relación, me llevó a la casa del zapatero, que vivía también en la calle de Santa Rosa. El zapatero era un hombre entrado en años, de gesto alegre y de rostro simpático, a pesar de faltarle un ojo cuyos párpados se hundían dentro de la cuenca. Sabedor de mi visita y a la vista de dos chauchas que deposité sobre su mesa de trabajo, desató la sin hueso, y se lanzó a contarme aquella historia". Pero esta curiosidad del joven había sido avivada en la infancia. El estímulo había partido de esa época. Oigámosle evocar esos dulces y gratos momentos. "El recuerdo de las personas que conocimos y el de las acciones, casi siempre insignificantes, que ejecutamos en el curso de nuestra infancia —ha escrito— son, sin duda, las que más persisten en nuestra memoria. La zancadilla que dimos al compañero de colegio que no hemos vuelto a ver, las pequeñas diabluras que hacíamos al maestro, los guantes, que él solía aplicarnos con fervoroso celo, los juegos con que nos divertíamos en la única hora de recreo que teníamos y en el corto rato de libertad

que nuestros padres nos daban en la noche, perduran como fotografiados en las cámaras de nuestro cerebro. Todas éstas son cosas que nadie olvida. ¿Qué extraño, pues, que yo recuerde con verdadero placer aquellas horas que compartía entre el estudio y el juego? ¿Y cómo olvidar a aquella excelente viejecita, la mama Antuca, que nos cuidaba a todos los chicos de la casa como si fuéramos sus hijos? ¡Cuántos años han pasado desde entonces! y sin embargo, todavía me parece verla, con su carita arrugada, sentada al lado del enorme brasero, y nosotros, mis hermanos y yo, rodeándola, escuchando atentos sus cuentos maravillosos en que figuraban como principales personajes, cuando menos un príncipe encantado, una culebra con siete cabezas y los leones que dormían con los ojos abiertos; o las aventuras siempre interesantes del soldadillo, de Pedro Urdemales o de Puntetito, aquel Puntetito que se tragó el buey al comerse una mata de lechuga entre cuyas hojas había un simpático chiquitín. Un poco después de la comida, libre ella de sus menesteres y fatigados nosotros de corretear en la plazuela vecina jugando con otros chicos al pillarse, al tugar, a los huevos o a las escondidas, nos congregábamos a su lado, y sentados los más en el suelo, con las piernas cruzadas, y acariciados por el suave calor que irradiaba el brasero, nos estábamos pendientes de sus relatos, mirándola sin pestañar, a no perder una sola de sus palabras, hasta que el sueño nos rendía y ella misma nos iba a acostar.

—Mama Antuca, le dije una noche en que nos refería cosas de aparecidos, que nos ponían los pelos de punta y nos hacían mirar a un lado y otro, asustados, creyendo ver deslizarse en la penumbra de la pieza no alumbrada sino por los débiles resplandores de la llama de un brasero, una sombra que extendía su mano negra y velluda para cogernos, mama Antuca, le dije, cuéntenos mejor un cuento.

—¡Pero, hijito, si les hei conta toos los que sabía!

—No importa, mama; cuéntenos otra vez cualquiera de ellos, el del compadrito león, más que no sea.

—Pero si ese le hei conta por lo menos veinte veces, mejor les contaré el del Gatito Montés.

¡Bueno! ¡bueno! gritamos en coro, cuéntenos el del Gatito Montés”.

Patético recuerdo el que nos hace Laval de una época muy lejana de nuestra vida. Hoy, sin embargo, las nuevas generaciones de la luz eléctrica, de la radio, de la televisión, de las tiras ilustradas, no pueden comprender el encanto del cuento, tal como nos lo pinta Laval y que nuestra generación sintió. Las casas eran enormes, con tres patios; la cocina, un cuarto renegrido en sus paredes por el humo del fogón del “pollo”, en que ardían brasas de espinos y alumbraba un “chonchón” de parafina. En las tardes de invierno, antes de rezar el rosario con la abuela en su opulento aposento con toda la familia y la servidumbre, en esos largos atardeceres, buscábamos a la mama para que nos contara un cuento. A pesar de los profundos cambios en las costumbres,

la vieja y amplia casa transformada en estrecho departamento, la radio en reemplazo de la mama para la narración de los sucesos, la televisión para ilustrar el relato, la tira en color para objetivar la aventura, el fondo psicológico de ésta y aquella juventud no ha cambiado. El cuento fabuloso, siempre poético, atrae la imaginación de los niños y los hace soñar. ¿Por qué el cuento, la leyenda, la tradición, la conseja, la adivinanza nos atrae? La imaginación infantil tiende a construir un mundo ideal y se fuga de la realidad creando bajo las más diversas formas las ensoñaciones con algo de poesía, de arte, de ideal. Laval, que a los 26 años oyó contar un cuento a un pobre zapatero, reanudó con este hecho sencillo la continuidad de sus días de infancia con los de la juventud, al seguir buscando, ahora en una explicación razonable, el significado de los cuentos populares en su origen, en su explicación, en la transcendencia de su valor moral y artístico. La tarea de recoger los cuentos, buscándolos pacientemente donde los encontrara, fue larga. Ocupó la vida de Laval, casi justamente la mitad de ella, 33 años y éstos mal contados. La pasión desplegada en la investigación folklórica, originó en Laval la preterición de otras tareas literarias en las que se había distinguido en forma sobresaliente. Ossa Borne dice "que relegó a segundo, y acaso a un grado más distante, sus antiguas aficiones filatélicas". Ya a partir de 1903, dejaron de ser oportunas y necesarias las investigaciones originales que hacía acerca de la historia del Correo en Chile. Se distancia de estos estudios.

Laval dio a luz en 1909 la primera publicación folklórica suya que conocemos. No la hizo en Chile. Buscó acogida en una publicación de Buenos Aires, en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* que dirigía el internacionista Estanilao Zeballos. Allí dio a conocer *El cuento del Medio Pollo. Versiones chilenas del cuento del Gallo pelado* (xxxii, 526-538, año 1909). Al año siguiente, 1910, entregaba al público tres nuevas obras. *Los Cuentos chilenos de nunca acabar*, editados en Santiago de Chile por la Imprenta Cervantes, en un folleto en 4º—, de 44 páginas; tirada aparte de los *Anales de la Universidad* (cxxv, 955-996); el precioso estudio *Del Latín en el folklore chileno*, impreso en ese mismo taller, con 25 páginas, en tamaño 4º—, habiendo visto la luz primeramente en los mismos *Anales* (cxxv, 931-953), y, por último, el notabilísimo trabajo ejecutado por la Imprenta Cervantes en un volumen de 132 páginas en 4º—, intitulado: *Oraciones, ensalmos y conjuros del Pueblo Chileno comparados con los que se dicen en España*, que, como el anterior, publicóse también en los *Anales* (cxxv, 203-322). En el título con que aparece en esta revista, se añade que contiene un suplemento: "Salutación a la cruz que en Pedegua y Petorca cantan los bailes de chinos el día 3 de mayo".

Entre 1909 y 1910, Laval se vio obligado a dedicar el escaso tiempo de que disponía a los preparativos de la fundación de la Sociedad de Folklore Chileno, que fue una empresa concebida por el filólogo y gramático Profesor

Doctor Rodolfo Lenz, alemán (1863 - 1938). La Sociedad se constituyó el 18 de junio de 1909 y su mesa directiva quedó integrada por Lenz como Presidente y directores Julio Vicuña Cifuentes y Ramón A. Laval. Se designó secretario a Eliodoro Flores y tesorero, a Agustín Cannobio. Fuera de los nombrados, pertenecieron al instituto como socios y colaboradores del órgano de publicidad que estableció, Desiderio Lizama, Eulogio Robles Rodríguez, Tomás Guevara, Max Flores, León Tournier, Roberto Rengifo, Tomás y Luis Thayer Ojeda, Francisco J. Cavada, Sperata R. de Saunière, Manuel Manquilef, Jorge O. Atria, Antonio Orrego Barros y otros. Desde la fundación en 1909, hasta 1913, la Sociedad celebró 52 sesiones. El 24 de junio de este último año, la Sociedad se refundió con la de Historia y Geografía y pasó a ser una sección de ella con el nombre de Sección de Folklore. El Profesor Doctor Lenz siguió presidiéndola hasta el 12 de octubre de 1915 en que se hizo cargo Julio Vicuña Cifuentes y luego Laval. Antes de fusionarse con la Sociedad de Historia y Geografía, la institución publicó la *Revista de Folklore Chileno*, de la cual se editaron 3 tomos correspondientes a los años 1911, 1912 y 1913, constando cada tomo de 8 entregas. Correspondió a Lenz redactar el "Programa" de la Sociedad, pero éste quedó como la pauta inicial de los trabajos que debía llevar a cabo la corporación. Como exposición de motivos de la fundación de la Sociedad y de los principios científicos que la orientarían, se prefirió el estudio de Laval que se encuentra en la primera entrega de la *Revista*. Debemos llamar la atención hacia este escrito que resume con claridad, mucha penetración y sentido de la naturaleza de los estudios folklóricos, lo que podría llamarse la filosofía de su concepción y la raíz sociológica en que se fundamentan.

Descargado ya Laval de las apremiantes ocupaciones que hubo de demandarle la organización de la Sociedad de Folklore, comenzó a preparar en 1910 los materiales para sus libros, a base de los que ya había publicado en algunas revistas y los que tenía listos para otros. Con el título de *Folklore Chileno*, como genérico, editó en la Imprenta Universitaria, en 1911, en un folleto en 4º— de 12 páginas, el artículo que había dado a luz en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (vol. I, págs. 295 - 304) y en *El Peneca* (núm. 142), *El Pescadito encantado. Una versión interesante del cuento chileno "El Pájaro azul"*. Cinco años más tarde, en 1916 Laval inicia la admirable serie que llamó, con título genérico también, *Folklore Hispano-Americano* y que fue dada a luz en 1921, 1923, 1925 y 1927. Nos parece que no es posible hablar de Laval como folklorista sin dar a conocer siquiera los títulos de los libros con que en el mundo de habla española se cimentó su gloria y su fama. Y aún cuando a nosotros no nos corresponde pronunciarnos sobre su mérito, por incompetencia y porque éste es un ensayo biográfico dedicado al bibliógrafo, con el propósito de dar la mayor información, vamos a referirnos a esos libros. La serie del *Folklore Hispano-Americano* se inició con la *Con-*

tribución al Folklore de Carahue (Chile) Primera parte, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1916. Son 188 págs. en 8º.—

El contenido del volumen es el que sigue: I. 1. Supersticiones y creencias populares; 2. Medicina popular supersticiosa y secretos de la naturaleza; 3. Oraciones y conjuros.— II. Poesía: 1. Nanas o coplas de cuna; 2. Versos que dicen los niños; 3. Inscripciones que los niños ponen en sus libros; 4. Juegos infantiles; 5. Adivinanzas; 6. Coplas; 7. Tonadas, canciones, parabienes, esquinzos; 8. Cogollos; 9. Zamacuecas; 10. Pallas; 11. Loas.— III. Fraseología, dichos, refranes.

La segunda parte de este tomo, Laval la dio a la publicidad en 1921, editada por la Imprenta Universitaria en un tomo 8º— de 264 págs. con el título *Leyendas y cuentos populares*. Habíanse dado a conocer en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (1920-1921). Se imprimieron de este tomo 150 ejemplares con el título transcrito; 100 con portada diferente: *Folklore Hispano-Americano. Tradiciones, Leyendas y Cuentos populares recogidos en Carahue (Chile) de la tradición oral por Ramón A. Laval*, y 50 ejemplares con la inscripción, arriba: *Revista de Folklore Chileno. Tomo VIII*.

Los *Cuentos Populares de Chile (Recogidos de la tradición oral)* aparecieron publicados por la Imprenta Cervantes en 1923 en un tomo en 4º—, de 305 págs. Se imprimieron de este volumen 250 ejemplares con la titulación indicada, y 50 en que se cambió la frase *Folklore Hispano-Americano* por *Revista de Folklore Chileno. Tomo IX. 1923*. En la cubierta, debió expresarse el año 1925, como fecha de impresión. Por este detalle cronológico, ese año aparece Laval publicando la obra ya indicada y esta otra: *Cuentos de Pedro Urdemales (Trabajo leído en la Sociedad de Folklore Chileno). Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1925*. Son 59 págs. de tamaño en 4º— Se hizo una edición de 1.000 ejemplares. Cincuenta fueron compaginados desde la página 145 a 203 y tienen en la parte superior de la cubierta y portada la inscripción: *Tomo VI. Revista de Folklore Chileno. Entregas 4 y 5*, en vez de *Folklore Hispanoamericano*, que tiene el resto de la edición.

La 5ª serie del *Folklore Hispano-Americano* la forma una nueva edición del celebrado estudio de Laval: *Del Latín en el Folklore Chileno. 2ª edición. Imprenta Cervantes, 1927*, que forma un folleto en 4º— de 42 págs. Como ya se ha dicho, este ensayo se publicó primeramente en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (LIV), de que es tirada aparte de 1.000 ejemplares. De éstos, 30 ejemplares tienen en lo alto de la cubierta y de la portada la inscripción: *Tomo VI. Revista de Folklore Chileno. Entrega 6*, en lugar del epígrafe *Folklore Hispano-Americano*.

La serie concluyó en 1928. Fue entonces cuando Laval volvió a editar su notable estudio intitulado: *Paremiología Chilena. 2ª edición. (Con notas comparativas). Soc. Imp. y Litografía Universo. 1928*. Se trata de un folleto de 95 págs. en 4º— Laval nos advierte que de este libro se editaron 230 ejemplares,

cuya distribución fue como sigue: 100 ejemplares con la cubierta y portada indicada; 100 en que, antes del pie de imprenta, se lee: "*Publícase a expensas de la Comisión Oficial Organizadora de la Comisión de Chile a la Exposición Ibero - Americana de Sevilla*"; 30 en que, además, se lee arriba: Tomo vi. *Revista de Folklore Chileno. N° 7 a 10*, en vez de la frase *Folklore Hispanoamericano*. En lo tocante a la primera edición de este estudio de Laval, verdadera coronación de sus trabajos y de investigador de los sentimientos del alma popular, este apareció con el siguiente título: *Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española. Paremiología Chilena. Discurso leído por Dn Ramón A. Laval en su incorporación el 30 de noviembre de 1923 y contestación de Don José Toribio Medina. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, 1923, 8°— 96 págs.* Es una tirada aparte de 200 ejemplares del *Boletín de la Academia Chilena*, tomo 3°, cuaderno x, 1923.

Anotaremos que una parte considerable de los cuentos recogidos por Laval de la tradición oral chilena, fueron publicados en la revista infantil fundada por Agustín Edwards y dirigida primeramente por Enrique Blanchard Chessi y después por Emilio Vaisse, *El Peneca*. En 1911 dio a conocer cinco de esas narraciones, en 1912, 4; en 1914, 4; en 1915, 6; en 1917, 1 y en 1920, 2. En 1922, en otra publicación de Santiago, *La Lectura* (N° 1 de julio, págs. 98-101), se reimprimió el cuento *El zapatero que se volvía gallo*, y algunos años antes en la *Revue des Traditions Populaires*, editada en París, casi siempre con la designación de *Contes populaires Chilens*, diéronse a conocer en los años 1914 y 1916, varios de los relatos de Laval, los cuales alcanzan a 7. Todos ellos se encuentran reproducidos en los diversos volúmenes del *Folklore Hispano americano*.

Laval sostenía que en el folklore no existía la originalidad en el relato, y que casi siempre, cualquiera que fuera la forma que éste adquiriese, en prosa o en verso, denunciaba una remotísima antigüedad, casi tanto como las de la humanidad. Ningún relato pertenece a tal o cual nación, decía en una nota crítica bibliográfica, publicada en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (xi, núm. 15, págs. 465 - 468, año 1914), al hablar del artículo dado a luz en el *Anuario de la Academia Colombiana*, (iii, 304 - 310, año 1914) con el título: *Concurso para premiar un cuento popular*. Ningún cuento pertenece a tal o cual nación. No puede decirse que sea colombiano, chileno, argentino, peruano, francés, alemán, sueco, etc. Cualquiera colección extranjera de cuentos populares seguramente nos revelará las sencillas narraciones que oímos en nuestra niñez. Este punto de vista de Laval es esencial en la apreciación de la doctrina que llegó a configurar sobre el folklore y que con tanta erudición demostró en las notas críticas con que ilustró los relatos que recogió de la tradición oral chilena. En el caso del comentario bibliográfico que recordamos, probó que el cuento *Las Brujas y los dos Jorobados*, tiene su correspondencia en Chile con el denominado *Salir con su domingo siete*. Esta correspondencia

del folklore continental determinó a Laval a escribir una disertación encaminada a estrechar las relaciones en el cultivo de las tradiciones populares. Ese escrito se intitula *Conveniencia de establecer una Sociedad Internacional de Folklore Latino-Americano*, y fue insertada en *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress*, Washington U. S. A., Section 1. Anthropology, vol. 1. Se hizo una tirada aparte de 100 ejemplares de 12 págs. por la Imprenta del Gobierno de Washington, 1917.

Una apreciación general de la obra folklórica de Laval se debe a Carlos Silva Vildósola. He aquí su juicio: "Ignoro si el señor Laval escribió versos —dice— pero era poeta más que muchos autores de volúmenes de renglones más o menos medidos y más o menos rítmicos. La poesía infinita de todas las cosas, y de preferencia de las cosas humildes, habla a su alma y canta dentro de ella una canción apenas perceptible para los demás.

"Así vuelve como un rumor que trae el viento del fondo de un paisaje que se va borrando, el poema de su niñez. Los cuentos que oyó a la Mama Antuca junto al brasero, en el hogar provinciano, mientras afuera caía la lluvia y zumbaba el viento norte en torno de las paredes de adobes, al compás de las goteras del techo de tejas enmohecidas y musgosas, reaparecen en su memoria. Lo provocan a investigar de dónde vienen, de qué oscuros orígenes raciales, de qué noches de la humanidad salieron estas fantasías del soldadillo y los deliciosos "cuentos de nunca acabar".

"Así va entrando en sus estudios de folklore, aún antes de que el término sajón sea adoptado en todo el mundo, antes de que el mismo conozca la calidad de ciencia que a estas investigaciones se ha dado en los últimos cincuenta años.

"Don Ramón Laval procede en sus estudios de folklore con método científico riguroso, aún cuando parece creer en sus comienzos que está haciendo sólo obra de propia diversión y homenaje al espíritu popular y tierno recuerdo de su niñez. La Mama Antuca es inseparable de esta iniciación. Es como la musa inspiradora. Se me figura que ella se le aparece, ella le pena, como diría uno de sus cuentos, y vuelve a narrarle las historias fantásticas o picarescas, de amores y aventuras, en que entran duendes y viejas brujas, gallardos mancebos vencedores de monstruos para lograr la mano de una princesa encantada y el viento devorador de carne humana, mágicos conjuros, capas que hacen invisible, burlas grotescas y ensueños angélicos, todo el mundo ideal de la niñez individual y de la infancia de los pueblos. La Mama Antuca vive inmortalmente como creación de un poeta: es vieja, arrugada, con boca desdentada, escasos cabellos grises, la nariz curva acercándose a los labios delgados. Se envuelve en un pañolón negro y tiende sobre el brasero las manos huesudas, manchadas de pecas, mientras cuenta en voz monótona y que parece acentuar los misterios y subrayar las picardías, los cuentos que comienzan por encantar a los niños, que luego los adormece y más tarde les dan pesadillas.

"De este recuerdo infantil Laval sube a la investigación amplia. Recoge los cuentos populares de las versiones orales, directas, de muchachos del pueblo, de viejos, muy viejos, guardadores de tradiciones que el tiempo va borrando. Compara los de una región de Chile con los de otras y advierte variantes hechas por las migraciones de razas, por el ambiente geográfico, por el clima y las costumbres. Luego rastrea el mismo cuento en otros pueblos y en épocas remotas para seguir el camino de la leyenda siempre antigua y siempre renovada. Desde el fondo del Asia han venido a veces los cuentos que ahora están anidados en la tradición chilena. Pasaron los mares y las montañas escondidos en el calor de almas españolas y aquí fueron cambiando de color y de formas, haciéndose chilenos sin perder su antiquísimo sabor. Y así, este hombre que no pretendía, tal vez, sino gozar él mismo con la contemplación de su propio recuerdo de infancia y con un tributo de amor al alma de su pueblo que amaba y entendía prodigiosamente, iba llegando a los orígenes de la humanidad y estableciendo por maravilloso modo, la unidad de la especie humana.

"¡Oh, misteriosa necesidad de que nos cuenten un cuento! Nacemos con ella y el primer canto materno nos hace dormir con la historia musical de la *rurupata* en que parió la gata cinco borriquitos y una garrapata. Pedimos después cuentos y cuentos a la madre, a la nodriza, al viejo campesino que nos enseñó a montar a caballo. Buscamos después en libros nuevas historias y nunca dejan de encantarnos, aunque a veces ni a nosotros mismos queramos confesárnoslo en la edad madura; se los pedimos a la novela, a la poesía, al teatro, a los periódicos con sus relatos de emocionantes hechos reales, de catástrofes y crímenes, de pesquisas y descubrimientos, de viajes peligrosos y aventuras de toda especie.

"De esta necesidad humana de oír un cuento nace toda la literatura con sus géneros más admirables desde el teatro a la novela, desde el poema épico a la canción de amor. Y don Ramón Laval, poeta ante todo, enamorado de estos orígenes sencillos y profundos de la poesía universal, escarba en el alma del pueblo chileno, acusado tantas veces de falta de imaginación y de sequedad realista, y halla en ella elementos preciosos. No es un erudito frío el autor de "los cuentos de nunca acabar", sino un artista que anda en busca de las fuentes de la poesía, que remonta la corriente hacia la altura donde el agua limpia de la infancia de la humanidad se golpea en las rocas de una vida primitiva y corre saltando dividida en cien riachuelos hasta llegar a veces superficial, otras oculta bajo los sedimentos que va acumulando la civilización, a los llanos poblados por el hombre de nuestros días.

"Y a medida que ahonda en sus estudios y más analiza y más comprende, el señor Laval quiere conocer el proceso de deformación de la lengua en que halla estos relatos populares, el origen de los vocablos peculiares de nuestros pueblos, el sentido íntimo de expresiones irreemplazables, el valor filológico

y al mismo tiempo la inspiración psicológica de ciertos términos y frases. El cuento popular no le basta. Recoge adivinanzas, refranes, consejos, romances, cantos, historias versificadas por el instinto primitivo que necesita del ritmo y la rima para embellecer y para facilitar la retención.

“Entonces entra Laval a la ciencia del folklore completa. Ha comenzado por un sentimiento de ternura y acaba en una meditación grave y de alcance humano. La filología le debe investigaciones utilísimas, la poesía elementos preciosos salvados del naufragio incesante de la leyenda en este país de renovación continua; la historia afirmaciones valiosas para determinar los caracteres de la raza a que pertenecemos y las huellas que en su espíritu han dejado los sucesos humanos mucho antes de que existiera el nombre de Chile.

“Y llega a una conclusión que parece sorprenderlo, tan libre de prejuicios estaba cuando comenzó su labor: todo el fondo del alma chilena, toda esa íntima naturaleza revelada en el cuento, en la poesía popular, en las consejos y en los romances, en las adivinanzas y en los refranes, todo es español, todo vino dentro de las armaduras de acero y los corazones atrevidos y nobles de los conquistadores y colonizadores que salieron de la península a engendrar pueblos y derramar civilización y marcar con el sello de su grandeza mundos enteros.

“Todo es español en el folklore chileno, sólo que todo eso español fue vertido en un vaso que le dio su forma y, como ha dicho nuestro crítico Omer Emeth al juzgar una de las obras de don Ramón Laval, es el caso de recordar el axioma aristotélico según el cual “todo cuanto es recibido en un recipiente, toma la forma del recipiente”. De España vinieron los cuentos, las consejos, los conjuros, las adivinanzas que Laval recogía a lo largo del territorio de Chile, desde su tierra natal de Colchagua hasta las orillas del río Imperial en Carahue, por donde pasó sembrando ciudades Pedro de Valdivia. “Ninguno de ellos es chileno, dice el crítico, pero todos ellos se han chilenizado”.

“Sólo con esa preciosa alianza que en el alma de Laval existía entre el entusiasmo del artista y la paciencia del investigador, pudo realizar la obra folclorista que alcanzó a dejar. ¿A qué horas tuvo tiempo este empleado de correos y más tarde laboriosísimo funcionario de la Biblioteca Nacional, modelo de trabajadores, tan celoso para cumplir sus obligaciones, para sacrificarse en obsequio de amigos y del público que reclamaba a veces más de lo que tenía derecho a exigir, cuándo tuvo tiempo para esta obra maravillosamente prolija y de una tan pura conciencia científica?”.

El bibliógrafo. Laval se hizo bibliógrafo en el servicio de la Biblioteca Nacional. Lo formó en sus métodos, sistemas y técnicas el erudito Luis Montt, de quien fue Laval secretario en la Biblioteca Nacional cuando aquel era Director. Luego Laval fue su amigo y su hombre de confianza. Apenas Laval ingresó a ese establecimiento, despertada ya las aficiones del investigador de

la posta y de la filatelia, se ejercitó en la preparación de bibliografías, fuera ayudando a Montt en los trabajos suyos de esta especie ya, en fin, confeccionando catálogos en los cuales están presentes las normas bibliográficas francesas que satisfacían al Director de la Biblioteca Nacional. Bajo su tuición, Laval compaginó los *Anuarios de la Prensa Chilena* correspondiente a los años de 1891 a 1902, con excepción de los de 1894 y 1895, que lo fueron por Enrique Blanchard-Chessi, según lo ha recordado el mismo Laval. La presentación tipográfica de esos catálogos es impecable; el plan con que han sido concebidos, sencillísimo; la forma de la catalogación, excelente y los datos que contienen los asientos de cada impreso, claros y precisos. Los 7 volúmenes de los *Anuarios* comprendidos entre 1891 hasta 1898, en que Laval se inicia como bibliógrafo, le sirvieron de escuela. Fue una experiencia de adiestramiento. Además, Laval como espíritu curioso que era y poseído de una naturaleza de por sí inclinada a la reflexión y a conocer profundamente las cosas, se interesó por la bibliografía y llegó a poseer su técnica con toda holgura. Fue así como catalogó los incunables de la Biblioteca Nacional, lo mismo que las piezas del Museo Bibliográfico. Algunas de estas fichas catalográficas, escritas de su puño y letra, aún se conservan. Por otra parte, la compaginación de los *Anuarios* en las fechas que se han indicado, lo familiarizaron con la bibliografía chilena, ya que ellos recogían, en virtud de las disposiciones de la ley de imprenta, las publicaciones del Depósito Legal de la Biblioteca Nacional.

En 1898, Laval publicó su primer estudio bibliográfico. Pero antes había acometido otros trabajos similares, uno de estos de bibliografía documental. En sesión de 5 de julio de 1897, el Consejo de Instrucción Pública de la Universidad de Chile, ordenó se imprimiese el catálogo de las matrículas, acuerdos, exámenes y colación de grados de la Universidad de San Felipe. La Universidad de Chile encargó la realización de este trabajo, su copia, la ordenación del material, corrección de pruebas y demás accidentes, a Ramón A. Laval e Hipólito Henrion, Jefe de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. En 1898, el trabajo estaba concluido y fue publicado primeramente en los *Anales de la Universidad de Chile* y enseguida en una edición con este título: *Documentos relativos a la Real Universidad de San Felipe. Libro Índice de los libros de matrícula de acuerdos, de exámenes y de colación de grados. Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1898*. Forma un volumen en 4º—, de 568 págs. *El Índice* alcanza hasta el año de 1808, y este hecho induce a José Toribio Medina, historiador de la Universidad de San Felipe, a atribuirlo a Pedro Ramón de Silva Bohorquez, quien lo habría iniciado a mediados de 1805, “sin que lo hubiera terminado diez años más tarde, dejándolo, al fin, en el estado que ha llegado hasta nosotros”. En este mismo año de 1898, Laval preparó y dio a la estampa en forma anónima, porque se trataba de una publicación oficial, el primer y único inventario de la producción impresa mu-

sical nacional. Valiéndose de la composición tipográfica del *Anuario de la Prensa Chilena* del año 1896, publicó un folleto en 4º—, de 89 págs. con el título: *Biblioteca Nacional de Santiago. Bibliografía Musical. Composiciones impresas en Chile y composiciones de autores chilenos publicadas en el extranjero. Segunda parte. 1886 - 1896. Santiago de Chile. Establecimiento Poligráfico Roma. 1898.*

Comencemos por advertir que la primera parte de esta bibliografía musical, que debía comprender lo publicado con anterioridad a 1886, no se dio a luz. De todos modos, a Laval corresponde el haber iniciado en Chile la bibliografía de esta materia que no ha tenido después continuadores.

Las investigaciones sobre el origen y desarrollo del servicio de correos en Chile, condujeron a Laval, casi de la mano, por decirlo así, a la compulsiva bibliográfica de las fuentes documentales e impresas. Para un espíritu como el suyo, dotado de una penetrante capacidad crítica, el paso era ineludible. Dejó la investigación histórica documental momentáneamente y se dedicó a reunir cuanto había sobre el correo. Y no era poco. En enero de 1898, trabajaba ya en la reunión de los elementos bibliográficos. El 17 de ese mes, le decía a su amigo Samuel Ossa Borne, Director de la *Revista Postal*, editada en Valparaíso: "La bibliografía postal que estoy haciendo va algo avanzada ya, pero aún me falta mucho... Llevo ya colacionados 44 títulos y no he catalogado todavía las memorias de la Dirección ni los presupuestos de correos". El 6 de febrero a su corresponsal vuelve a escribirle: "Arregle Ud. y rectifique en las papeletas bibliográficas que le entregó O'Ryan —(co autor en estos trabajos)— todo lo que le parezca y en la forma que Ud. crea conveniente, y así me dará Ud. un verdadero gusto a mí, y supongo que también a O'Ryan. Tengo hechas diez papeletas más, y tengo algunas Memorias de la Dirección que no había catalogado (1875 - 1878). Han quedado de proporcionarme algunos papeles antiguos de correos, cuya descripción daría interés al trabajo. He formado aquí con paciencia (no sé si O'Ryan se lo ha dicho), consultando las Memorias de Hacienda y las del Interior, cuadros estadísticos para colocar como notas en algunas papeletas. Uno de ellos, por ejemplo, irá al pie del primer Reglamento impreso del Giro Postal, y contiene el movimiento de este servicio en toda la República hasta 1897. Otro cuadro comprende las entradas anuales del Correo desde 1825, etc. Le remito una lista de la correspondencia franqueada despachada por las oficinas del país desde 1874". El 19 de julio escribe: "He revisado la Bibliografía hasta 1880 inclusive. Estoy reformando un poco la biografía de don Francisco Solano Astaburuaga, con nuevos datos para sustituirla por la que va entre los originales. Hasta ahora no he recibido noticias de ningún retrato de Urizar. He hablado sobre esto últimamente con varios vástagos del ilustre postal, y me han dicho que no tienen ninguna noticia de que exista copia de la efigie de dicho varón. La misma respuesta obtuve hace tiempo de don Belisario Prat Bello y de don Eduardo Budge, bis-

nieto del Doctor Urizar". El 10 de agosto, informaba: "Por conducto del Ministerio le envió la continuación de la Bibliografía. Entre las primeras papeletas va la biografía de don Juan M. Riesco con algunas pequeñas correcciones. Al principio de las papeletas va también la de Astaburuaga, que le ruego se sirva agregar, o cambiar por la que debe haber ido con las papeletas que le remití anteriormente".

El 13 de agosto de 1898, comenzaba a publicarse el primer trabajo bibliográfico de Laval en colaboración con otro erudito, bibliógrafo también, de quien más adelante nos ocuparemos. Se llamaba éste Juan Enrique O'Ryan. Los dos autores usaron seudónimo. Laval, el ya muy conocido de "M. de Lara", y O'Ryan el de "Doctor Toideru". El título de este estudio es el siguiente: *La Posta y la Filatelia en Chile*. Se publicó en la *Revista Postal*, editada en Valparaíso como lo hemos dicho (agosto 13, 20 y 27; septiembre 3, 10, 17 y 24; octubre 8, 15, 22 y 29; noviembre 5, 12, 26 y 28; diciembre 5, 19 y 26 de 1898; enero 2, 9 y 23; febrero 13 y 20; marzo 20; 3 y 17 de abril, 28 de agosto de 1899), en forma excesivamente fraccionada, lo que entonces le restó interés a ese concienzudo estudio. En una carta de 6 de octubre de 1928, Laval nos decía: "La bibliografía postal y filatélica que con O'Ryan publicamos en 1898 y 1899 en la *Revista Postal* que dirigía nuestro excelente amigo don Samuel Ossa Borne, no encontró acogida entre quienes, siendo del ramo postal y filatélico, debieron interesarse. Pero esa inadvertencia se debió más a la forma fragmentaria de la publicación, que obligaba al lector y aún al interesado, a mantener suspensa la atención para coordinar de número en número, las escasas líneas que se dedicaban a la bibliografía. El interés se despertó cuando, concluida la *Revista*, los lectores pudieron leer de corrido la bibliografía. Me consta de que entonces se solicitaban números para completar el estudio. O'Ryan y yo trabajamos con dedicación en este trabajo. Incorporé a O'Ryan cuando había avanzado yo mucho en el trabajo y él agregó algunas papeletas. Sabía mucha historia y sus conocimientos me sirvieron mucho. La mayor parte del elenco bibliográfico lo aporté yo y fui ayudado de un modo especial por la colaboración de don Luis Montt y don José Toribio Medina, quien puso en mis manos las papeletas de la *Biblioteca Hispano-Chilena*, cuyo tomo I editaba en su casa entonces (1897) y el segundo y tercero, solamente en sus originales. Los señores Montt y Medina fueron de una generosidad inusitada con el modesto e insignificante principiante que era yo". En la introducción, Laval y O'Ryan establecieron los propósitos y el plan de la bibliografía de la posta y filatelia chilenas. Declaraban que hacían el inventario de los impresos relativos al correo y a la filatelia que se habían editado en Chile y de aquellos que se encuentran relacionados con el país. Declaraban que el método empleado en la redacción de las fichas catalográficas, era el generalizado en obras de esta índole, pero no decían cual era ese método. Laval, discípulo de Montt, y O'Ryan que lo era de Anrique y Reyes, no manifes-

taban que la escuela metodológica que seguían era la francesa, en oposición a la alemana y española de Medina. De todas maneras, conviene oír a los autores para ir estableciendo la forma de cómo se adquiriría la conciencia del valor de la técnica bibliográfica. “Con toda exactitud —expresaban— hemos copiado la portada o encabezamiento de los libros, folletos u hojas sueltas que se relacionan directa o indirectamente con los servicios de correos y con la filatelia, anotando enseguida su tamaño, para cuyo efecto tomamos por base, no sólo los dobleces del pliego de papel, sino también el largo y el ancho de la parte impresa, los cuales se indican en milímetros. Este sistema ofrece mayores garantías al bibliófilo, pues le revela que en las descripciones se ha procedido de *visu* y no por referencias. Por último para hacer menos árido y más provechoso este ensayo, siempre que nos ha sido posible, acompañamos la descripción bibliográfica con notas e ilustraciones, en las cuales se copian los párrafos que hemos juzgado de más interés en la obra descrita, otras veces se consignan noticias históricas, biográficas o estadísticas, insertando también algunos importantes documentos relativos al establecimiento del Correo en Chile, que casi destruidos por la humedad, se conservan en los archivos de la Biblioteca Nacional”.

Los 25 cortos artículos que la capacidad material de la *Revista Postal* pudo soportar acerca de la bibliografía postal y filatélica chilenas, acreditaron a Laval y a O’Ryan como bibliógrafos. El tema que habían abordado era enteramente novedoso, original y explotado con una amena erudición, porque cada asiento está acompañado de curiosas notas ilustrativas. La referencia más antigua que encontraron los autores, corresponde al año impreciso de mil seiscientos y tantos. Es un documento editado por el Correo Mayor de Indias, Don Francisco Carvajal, sobre la propiedad del oficio de Correo Mayor. La bibliografía entra en su cabal dominio en lo referente al correo chileno a partir de 1718. La obra alcanza hasta el año de 1888, “y no se publicó por completo —nos dice Laval— a pesar de estar sus originales totalmente manuscritos hasta 1898 inclusive, porque la revista dejó de existir a causa de haber aparecido el *Boletín Oficial* dado a luz por la Dirección General de Correos, el cual se mantuvo solo por unos cuantos meses”. Debe lamentarse que un estudio tan acabado como este, ciertamente perdido en una revista rarísima de encontrar, no se haya reimpresso.

Un juez tan competente para apreciar un trabajo semejante, por ser el mismo un postalógrafo y filatélico, Samuel Ossa Borne, escribía: “*La Posta y la Filatelia en Chile* contiene los datos más completos que se han reconocido hasta hoy día acerca de la historia del correo chileno; da noticia circunstanciada de todas las publicaciones y de sus autores, y la biografía de todos los administradores generales y directores generales que han manejado el correo en Chile desde el coloniaje. Inicia sus noticias con don Lorenzo Galíndez de Carvajal”.

El año de 1910 fue para Laval de intensa preocupación intelectual con la preparación de sus libros, el establecimiento de la Sociedad Folklórica de Chile y los preparativos de la fundación de la Sociedad de Historia y Geografía. Todavía le absorbían de un modo tiránico las funciones de la Biblioteca Nacional. Fallecido en 1909 el Director de ese servicio, Laval asumió en forma interina, o por la vía de la subrogación, ese alto cargo, y se entregó a él, como él sabía hacerlo, con alma y vida. Era a la vez profesor de caligrafía en el Instituto Comercial. Sin embargo, las actividades en el campo folklórico, no habían dejado de ocuparle con la más persistente dedicación, y fue así como, contraído a ellas, realizó un importante descubrimiento bibliográfico respecto al primer opúsculo dado a luz en Chile por el arte de imprimir. Tanto José Toribio Medina en su *Bibliografía de la Imprenta en Santiago de Chile*, editado en casa del autor en esta capital, en 1891, como Luis Montt, en el tomo primero de su obra póstuma *Bibliografía Chilena*, editado en Santiago de Chile, 1918, habían considerado como la primera muestra de la prensa en Chile, una cuartilla de papel impresa en 1780, doblada en dos, —según la describe Medina— y cuya parte tipográfica mide 65 milímetros de ancho. Su título es el siguiente: *El Ministro Protector del Real Colegio Carolino de esta Ciudad suplica a Ud. se sirva concurrir a la Misa y función que se celebra el Domingo 5 del corriente a las 9 de la mañana en la Capilla del mismo Colegio; en acción de gracias por el dignísimo plausible ascenso del Excmo. Sr. Don Agustín de Jáuregui, p. Gobernador y Capitán General de este Reyno, y Vice Patrono de dicho Real Colegio*. Medina se pregunta: ¿a qué fecha debe referirse este impreso? Montt sigue enteramente al autor de la *Historia de la Literatura Colonial*. Así, ambos lo asignan al año 1780. Pero antes ¿no vieron la luz otras impresiones de miserable contenido? Laval inteligentemente decía: “Sobre los orígenes de la imprenta en Chile, no hay noticia cierta; ni siquiera se sabe a punto fijo quién fue el primer impresor, ni cuál fue el primer impreso que produjeron aquí las prensas tipográficas”. La segunda impresión conocida y descrita por Medina y por Montt, se intitula: *Hisperiae Monarchae Indiarumque Imperatori*, también del año 1780. Montt decía que “el escudo de armas que ocupa la página de la anteportada, grabado en cobre, de dibujo bastante correcto y limpiamente impreso; y la primera línea de la portada *Hisperiae*, abierta en madera, no pueden ser obra sino de don Rafael Nazabal, tallador de la Casa de Moneda en esos años”. Sin embargo, cuatro años antes de las dos impresiones de 1780, habíase hecho en Santiago otra, que viene a ser la más antigua. “Buscaba yo —dice Laval— a mediados del año pasado (1909), entre los libros de la biblioteca chilena de don Ramón Briseño, que el Estado adquirió en 1901 para la Biblioteca Nacional de Santiago, una obrita que necesitaba consultar para mis habituales estudios de folklore, cuando tropezó mi vista con estos títulos, dorados en el lomo de un pequeño volumen:

“Cojo el volumen con la curiosidad consiguiente, y encuentro ocupando el primer lugar de trece impresos insertados en él, un folleto, tamaño 32, no muy mal impreso, pero sumamente manchado con aceite de linaza, al parecer.

Consta esta pieza de la portada, que sigue:

†/ MODO/ DE GANAR/ EL JUBILEO/ SANTO/ CON LAS LICENCIAS NECESARIAS./
EN SANTIAGO DE CHILE./ AÑO DE 1776.

“Todo, a falta de viñetas, adornado con profusión de signos tipográficos, como ser calderones, asteriscos, paréntesis, párrafos, diptongos, dobles efes, etc. y otros, lo cual da a la página un aspecto asaz extraño. La vuelta de la portada es un blanco, y la siguen siete páginas de texto, sin numerar. La impresión de la segunda está casi toda repasada con pluma, porque no salió suficientemente cargada de tinta. El alto de la página fluctúa entre 112 y 113 milímetros, y el ancho, en una misma página, entre 72 y 75. La tinta, verdene-gra azulada, parece tener base de añil.

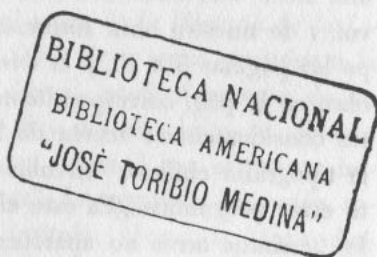
“Dada la gran rareza de este opúsculo, y tratándose del *incunable chileno más antiguo*, me ha parecido útil reproducirlo íntegramente. Bien merece los honores de la reproducción una pieza que es venerable por sus años en la historia de la tipografía chilena”. Las páginas que lo reproducen en fotograbado bastante deficiente, aunque el original lo sea igualmente, dan una idea del incunable. En mayor tamaño, lo reproducimos nosotros en el vol. I de nuestra obra *Impresos Chilenos*, Santiago de Chile, 1963, donde ocupa las páginas 3 a 10, y la descripción se encuentra en el vol. II de esta misma obra en la pág. correspondiente al año 1776, núm. 1. Laval hacíase las siguientes consideraciones acerca de la prioridad de este impreso en la cronología de la tipografía chilena: “Involuntariamente —decía— fluyen a nuestro pensamiento estas preguntas: ¿Es éste el impreso chileno más antiguo? y en caso de serlo, ¿cuántos otros no aparecerían entre este y la esquila de 1780 catalogada por los señores Medina y Montt? A la primera pregunta ¿qué podría contestarse que satisfaga? No hay antecedentes que permitan señalar qué número de orden corresponde en la bibliografía chilena a aquel pequeño e insignificante opúsculo que en sí nada vale, y que, no obstante, pasa desde ahora a ocupar en ella el primer rango, el sitio de honor. Respecto a la segunda pregunta, la misma obscuridad; sin embargo, de que nuestra fantasía pueda imaginarse cuanto quiera. ¿Hubo dos impresos? ¿fueron tres? ¿acaso cuatro por año? Tal vez es demasiado. Uno sólo es número apreciable; pero ¿qué se han hecho esos cuatro impresos? ¿se hallará alguno o estarán totalmente perdidos? Sólo el tiempo y la casualidad, padres de tantos descubrimientos, podrán contestar a estas interrogaciones”.

BIBLIOGRAFÍA

DE

Bibliografías Chilenas

Al señor Don José Toribio Medina
Muy atenta. POR
S. a. p. m. S. **RAMON A. LAVAL** *[Signature]*
Santiago, 12 de Julio de 1915.



Santiago de Chile
Imprenta Universitaria
1915

Con estas palabras concluía Laval su estudio acerca del primer impreso chileno en su opúsculo intitulado: *Un Incunable chileno. Modo de ganar el Jubileo Santo. Año de 1776. Noticia bibliográfica. Imprenta Universitaria, 1910*, que constituye un folleto en 8º, de 16 páginas, con 9 de láminas. Primeramente, fue publicado en la revista *Noticias Gráficas* de Santiago (núms. 87-88 de los meses de septiembre-octubre de 1910).

Según Medina, el primer impreso chileno es un "opusculillo sumamente vulgar antaño, hasta el extremo que sólo de México conocemos ediciones de 1775, 1780, 1783, 1791, 1794 (dos diversas, 1802, descritas por el bibliógrafo en su magna obra *La Imprenta en México*).

Con el descubrimiento del primer incunable chileno, Laval se situó en un lugar distinguido en la bibliografía nacional. Sin embargo, sus merecimientos se acrecentaron con otras publicaciones de esta misma índole. La más importante de todas ellas, porque abrió un camino nuevo en estos estudios, fue la publicación de la *Bibliografía de Bibliografías Chilenas*, dada a luz en Santiago de Chile por la Imprenta Universitaria en 1915, en un folleto de 71 páginas en 4º. Es bastante explícito el título de esta obra para insistir en su contenido. El autor no sólo dio cabida en las páginas de su libro a las bibliografías propiamente tales, sino a los catálogos de manuscritos y a los índices de revistas publicadas en volumen aparte, y, asimismo, a las bibliografías de autores y de asuntos chilenos publicados en el extranjero. Era esta la primera vez que en Chile se efectuaba un estudio semejante. Medina lo había emprendido con relación a temas de la bibliografía americana y casi siempre tocante a individualidades. Laval abrió el campo a una investigación general, sin limitaciones y de ahí el extraordinario mérito de su ensayo. En la introducción, Laval decía: "...no muchos países del globo pueden exhibir en el conjunto de sus publicaciones impresas tanta copia de bibliografías como las que Chile, la más alejada y desatendida de las colonias hispano-americanas y la última en gozar de los beneficios de la imprenta, ha dado a la publicidad en el corto espacio de tiempo —102 años— desde que el arte de Gutenberg se introdujo en su territorio; ni presentar tampoco un bibliógrafo de la talla de nuestro don José Toribio Medina, cuyas obras, que adornan y enriquecen los anaqueles de las más importantes bibliotecas de Europa y América, le han granjeado fama mundial y son de consulta obligada para todos aquellos que emprendan un estudio completo sobre cualquiera materia que diga relación con los países del Nuevo Mundo, ora se refiera a la prehistoria, o bien al período tan interesante de la colonia, desde que el inmortal genovés posó su planta en Guanahani, hasta que estos países, ya mayores de edad, en fuerza de la ley natural de la evolución, se emanciparon de la Metrópoli. De una y otra cosa dan fe los numerosos títulos que comprende la presente Bibliografía, y manifiestan, además, el aprecio con que en Chile se mira esta clase de estudios y el

alto concepto en que se les tiene". El ensayo de Laval se encontraba terminado en octubre de 1914, fecha que lleva la introducción.

El autor de la *Bibliografía General de Chile*, Emilio Vaïsse, cuyo primer tomo comenzaba ese año a imprimirse, solicitó de Laval los originales para hacer preceder su obra de la del folklorista, dándole en la compaginación numeración romana. Ya hemos dicho que la *Bibliografía General*, apareció en 1915. La composición empleada para el estudio de Laval, sirvió para hacer la separata que dio forma de libro a aquella contribución importantísima a los trabajos de la erudición nacional. Así fue como en efecto se publicó el impreso siguiente: *Bibliografía de Bibliografías Chilenas (De la "Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera") Tirada de 100 ejemplares. Santiago. Imprenta Universitaria, 1915.* Esta ficha bibliográfica —como dice la continuadora de Laval, Herminia Elgueta de Ochsenius—, ha sido redactada de acuerdo con lo que reza la cubierta de color de la obra. En la *Revista de Bibliografía*, se la insertó en el tomo correspondiente al año III, núms. 1 a 5. El total de bibliografías registradas por Laval en su notable inventario, alcanza a 358 títulos. Estos van acompañados en su casi totalidad de notas y comentarios muy sobrios y atinados, escritos con erudición y dominio de la materia. Los asientos bibliográficos están hechos con notable claridad, y la descripción del impreso, con una simplicidad, dentro del método francés, que llama la atención.

El conocimiento integral de la bibliografía chilena no podrá ser aprehendido sin la frecuentación continua de esta contribución de Laval, cimiento en que debe apoyarse, o partir, cualquier estudio de las diversas ramas en que ha operado el pensamiento nacional. Laval comprendió el valor de su trabajo como fase inicial de una investigación bibliográfica, y se propuso que fuera continuado. Cuando encontró quien lo llevara a cabo, ya con sus fuerzas muy decaídas, instruyó a una amiga, suya, empleada de la Biblioteca Nacional, la ejemplar funcionaria Herminia Elgueta de Ochsenius, para que, de acuerdo con sus instrucciones técnicas, avanzara en el tema. Laval no alcanzó a ver impreso el trabajo de su amiga. Casi al año del fallecimiento del bibliógrafo, en 1930, la Biblioteca Nacional editó, después de haberlo dado a luz en la *Revista Chilena de Bibliografía*, un opúsculo a una columna en 4º, de 71 págs., con este título: *Suplemento y Adiciones a la Bibliografía de Bibliografías Chilenas que publicó en 1915 don Ramón A. Laval. Imprenta Cervantes. Santiago de Chile, 1930.* La autora dice que en cuanto le ha sido posible, se ha atenido al método seguido por Laval y que su material comprende: a) las bibliografías publicadas en Chile, aunque no se refieran a obras chilenas; b) bibliografías publicadas fuera del país por extranjeros, que traten de obras chilenas, o por autores chilenos, cualquiera que sea su materia; c) estudios sobre bibliografías; d) índices de revistas importantes; y, e) algunos catálogos de librería que pueden ser útiles para el bibliófilo. Además, la autora, completó las omisiones de Laval, rectificó ciertos errores e hizo adiciones de impresos

BIBLIOTECA NACIONAL

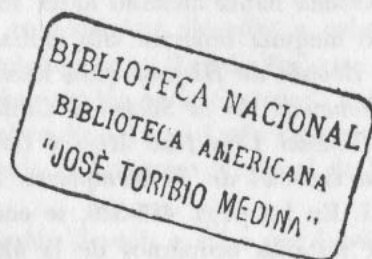
**Suplemento y Adiciones a la Bibliografía
de Bibliografías Chilenas**

que publicó en 1915 don Ramón A. Laval

POR

Herminia Elgueta de Ochsenius

De la Biblioteca Nacional



IMPRENTA CERVANTES
AGUSTINAS 1384
SANTIAGO DE CHILE
1930

que se escaparon a Laval. En total, Laval reunió 358 títulos y la señora Elgueta de Ochsenius, 219, los que dan 577 títulos de libros, folletos, artículos de diario y de revistas, relacionados con la bibliografía de bibliografías chilenas. Hasta 1930, año en que se editó el estudio de la señora Elgueta de Ochsenius, la bibliografía de bibliografías chilenas quedaba completa. El mérito de haberla iniciado con un carácter científico, corresponde, pues, a Laval.

En 1921, al cumplirse el centenario del fusilamiento del General José Miguel Carrera en Mendoza, el Museo Histórico Nacional, dirigido por Enrique Matta Vial y en el cual nosotros desempeñábamos el cargo de Conservador de ese establecimiento, organizó una exposición histórica en memoria de aquel soldado, y con la colaboración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, se preparó un homenaje público, acordándose con tal motivo dedicarle al General un número especial de la Revista de la corporación. En ambas labores nos tocó actuar. Con Laval preparamos el número de homenaje a Carrera (XL y XLI, núms. 44 y 45, año 1921) y entre el material que incluimos, figuró la ya entonces rarísima obra de don José Toribio Medina, editada en 1892 en Buenos Aires, con el título de *Ensayo de una Bibliografía de las obras de D. José Miguel Carrera*. Laval se propuso completar la biobibliografía del General y nosotros adicionar en lo bibliográfico y documental, lo pertinente a la "Imprenta Federal de William P. Griswold y John Sharpe", que Carrera en forma clandestina mantuvo en Montevideo durante su destierro. Con el simple título de *Adiciones a la bibliografía de Carrera de Don José Toribio Medina*, Laval incrementó la bibliografía carrerina en 188 títulos comprendidos en el período de 1818 a 1921. Medina, entre las obras escritas por el General y las relativas a su persona había anotado hasta 1888, 65 títulos. Del estudio de Laval no se hizo ninguna separata. Sin embargo, se utilizó la composición del número de la *Revista de Historia* para hacer un tomo especial, al cual se dio este título: *Homenaje de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía a la memoria del General Don José Miguel Carrera en el 1.º centenario de su muerte. Tirada especial de 50 ejemplares. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, 1921*. En las págs. 485-526, se encuentran las adiciones de Laval.

Por último, réstanos ocuparnos de la última labor bibliográfica de Laval. En 1923, falleció en Santiago el eminente hombre de ciencia francés Fernando Montessus de Ballore, sismólogo que, contratado por el Gobierno de Chile, prestó al país importantísimos servicios. A la Sociedad de Historia y Geografía, Montessus de Ballore le dio cuanto pudo de su sabiduría. A la *Revista* le proporcionó valiosas colaboraciones, dio conferencias y redactó informes. A su vez, la Sociedad imprimió su colosal obra *Bibliografía de Temblores y Terremotos* y le otorgó la más alta distinción: la medalla de oro por sus trabajos científicos. Laval era amigo queridísimo del eminente hombre de ciencia. Su fallecimiento lo golpeó con fuerza, y en demostración de ese sentimiento quedaron dos artículos de Laval, en la revista de la Sociedad, de la cual era Se-

cretario General y director de la revista. Escribió para ésta el editorial que, aunque suscrito por "La Dirección", oculta el nombre de Laval (XLVI, año 1923). En ese mismo número, dio cabida (págs. 478-485) al *Elenco de las publicaciones hechas en Chile por el Conde Don Fernando de Montessus de Ballore*, bibliografía que comprende 32 títulos.

Los últimos años de Laval. Quedan en este ensayo sobre Laval algunas situaciones de su vida sobre las cuales no nos hemos ocupado con atención, por estimarlo que no nos correspondía hacerlo dado su carácter particular. Sin embargo, vamos aquí a reseñarlas. Por ejemplo, Laval fue miembro de la Sociedad Científica de Chile. Durante varios años perteneció a su Consejo. Las *actas* de la institución establecen que, el 3 de enero de 1911, participaba en los debates de la corporación para rectificar a un conferencista. Laval manifestaba en su intervención que la fabricación de cañones de artillería en Chile, era anterior a 1814. En otra sesión, en la del 9 de ese mismo mes y año, tomaba la palabra, después de una conferencia de Bernardo Gotschlich acerca de los araucanos en su estado actual, para disertar acerca de los *palos de brujas*. El 10 de julio de 1911, daba lectura a un trabajo intitulado *Contribución al Folklor de Carahue*, y antes de entrar en el asunto, hizo una exposición de lo que es el folklore y de la significación que tiene para el estudio y conocimiento de la etnología y de la sicología populares. En otra sesión, en la del 18 de diciembre, durante la conferencia del doctor Barros Ovalle, relativa al tatuaje de los indígenas de América, Laval habló para probar que los araucanos jamás fueron tatuados. Pasados muchos años, volvemos a encontrar a Laval colaborando en la Sociedad. El 22 de diciembre de ese año, presentó un estudio sobre las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo por Augusto Capdeville en las regiones de Antofagasta y Taltal. Por este tiempo, hacía muchos años que Laval era miembro titular de la Sociedad. Este título le había sido otorgado el 22 de noviembre de 1911 y al año siguiente, el 1º de octubre de 1923, lo designaba delegado al Congreso Nacional de Instrucción Secundaria de Santiago.

La labor benedictina de ordenación llevada a cabo por Laval en la Biblioteca Nacional, los servicios que prestó con dedicación verdaderamente ejemplar en ese servicio, no se han destacado de un modo comprensivo, basándolo en hechos. Pero éste sería un largo capítulo ajeno a la índole de este estudio. Los elementos para conocer su tarea, Laval nos lo ha dejado en documentos preciosos. Uno de ellos es el "Informe pasado a la Dirección de la Biblioteca Nacional acerca de la comisión que se le confirió para visitar las imprentas del sur del país", el cual se insertó en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, en 1903 (núms. 18 y 19, págs. 49-59), revista que Laval contribuyó a publicar. Hay otro informe que debemos citar. Es este el que tiene por título "*Las bibliotecas públicas y privadas en la ciudad. Conveniencia que hay en fusionar-*

las". Este informe fue dado a conocer en *El Mercurio* de Antofagasta de octubre 8 y 9 de 1922. Durante el tiempo en que fue Laval Director de la Biblioteca Nacional en calidad interina (noviembre 25 de 1909-22 de julio de 1910 y en 1920), dio cuenta de su administración en dos documentos oficiales muy importantes. El primero, es el publicado con el título: *Memoria de la Biblioteca Nacional correspondiente a 1909, presentada al Ministerio de Instrucción Pública por el Director interino Don Ramón A. Laval. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1910, folleto de 16 págs. en 8º.*

En la *Memoria del Ministerio de Instrucción Pública presentada al Congreso Nacional en 1921, Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, 1921, volumen de 349 págs. en 4º*, se encuentra la *Memoria de la Biblioteca Nacional correspondiente a 1920*, suscrita por Laval. Fue reimpressa en una edición especial de 24 págs., en 4º, con el título que sigue: *República de Chile. Biblioteca Nacional. Memoria presentada por el Director al señor Ministro de Instrucción Pública en 1921. Con un anexo que comprende la nómina de las obras depositadas en la Biblioteca Nacional para obtener propiedad literaria durante el año 1920. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, 1921.*

La bibliografía de Laval confeccionada por el mismo y publicada en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (LXIII, núm. 67, págs 48-62), señala varios artículos que no son fáciles de clasificar en el cuadro general de su labor intelectual. Esos artículos demuestran preocupación por el porvenir del estado social del funcionario público antes de 1925, prácticamente desamparado sin los beneficios de una previsión para su existencia y solo acogida a una jubilación siempre muy exigua. En defensa de ideas modernas acerca de este tópico, Laval escribió un artículo en el diario de Santiago, *El Porvenir*, del 25 de enero de 1906, suscrito con la firma "Un empleado público que cuenta con treinta años de servicio", con el título *Caja de Retiro*. Es suyo y lleva su firma, otro artículo de índole muy diversa. Laval tenía sentimientos muy profundos en cuanto a la amistad. Era un hombre de fuertes e intensos afectos que no se expansionaban en palabras, sino en actitudes de gran nobleza. Sus amigos recibían de él en su trato, en los rasgos de su bondad, en la generosidad de su conducta, constantes pruebas de esa devoción. Ese carácter adquirió la amistad con sus compañeros de la Biblioteca, Luis Montt, Carlos Silva Cruz, Juan Salas Errázuriz, Emilio Vaisse, Enrique Blanchad-Chessi, Tomás Thayer Ojeda, Ricardo Dávila Silva. Igualmente cultivó con devoción y delicadeza la amistad con Enrique Matta Vial, Julio Vicuña Cifuentes, José Toribio Medina, Domingo Amunátegui Solar, Miguel A. Varas Velásquez, y tantos otros que él estimaba y quería y también le apreciaban por las prendas morales de su nobilísimo espíritu. Llevado de estos afectos, rindió un homenaje verdaderamente emocionante al compañero de labores administrativas en la Dirección de la Administración Principal de Correos durante la juventud y de la edad madura en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, el postaló-

grafo Samuel Ossa Borne, escritor, cuya vida literaria había sido activísima en los diarios literarios santiaguinos. En *El Mercurio* de Santiago del 31 de agosto de 1920, dio a luz un artículo que intituló: *A propósito de un Mensaje del Ejecutivo* (sobre jubilación de un funcionario público). Laval señalaba los relevantes servicios que Ossa Borne había prestado en el ramo de correos. Inspirado también en un sentimiento de amistad, nacido a través de una fecunda correspondencia sobre asuntos folklóricos y bibliográficos, en que la mutua admiración valoraba la bondad de los temperamentos, el fallecimiento del escritor Ricardo Monner Sanz, le causó honda impresión. La carta que escribió a su hijo José María con motivo del lamentable suceso, tierna en el afecto y sabia en la apreciación de su labor intelectual, fue publicada en 1929 en el libro editado en Buenos Aires (págs. 144-145) acerca de la vida de Monner Sanz, con el título: *Un gran maestro*.

Hay que señalar en la personalidad de Laval otro rasgo de su espíritu. Los que en razón de nuestras aficiones estuvimos muy cerca de él, recibimos en la iniciación de nuestra carrera literaria su estimulante aliento, percibimos su afán de ayudar, de prepararnos, de alentarnos. Corregía las pruebas de nuestros escritos. Sabemos corregirlas porque él nos enseñó ese arte, y junto con ello recibimos nociones claras de gramática y de puntuación. Lo hacía hablando en un tono cariñoso y lleno de frases folklóricas que hacían pintoresca su lección. No era sólo a nosotros a quienes así distinguía, aunque sabemos que nos guardó un gran cariño; esa manera de ser sencilla, agradable, cordial, tierna, era la que usaba para con la juventud en la cual veía vocación para el estudio. Armando Donoso, Ernesto de la Cruz, Julio Arriagada Herrera, Benjamín Oviedo Martínez, Mariano Latorre, Félix Nieto del Río, y muchos más, Laval los apoyó, los motivó para continuar en lo que era una irresistible voluntad del espíritu. A Eugenio Orrego Vicuña le prestó todo el concurso de su alma bondadosa. Cuando Orrego Vicuña escribió su libro *Un Canciller de la Revolución* editado en Santiago por la Imprenta Universitaria en 1926, Laval redactó el prólogo que lleva ese libro de justicia y reparación histórica en la personalidad del Ministro de Balmaceda, Manuel María Aldunate, cobardemente asesinado después de la caída de la dictadura. Recordaremos también que cuando en 1923 nosotros escribimos nuestro primer libro intitolado: *Don Enrique Matta Vial. Su vida y su obra y su acción en el desarrollo intelectual de Chile*, Laval nos saludó con un artículo que, dada su personalidad, nos llenó de la más pura satisfacción intelectual y gratitud.

Hacia este tiempo, Laval era un valor moral para los jóvenes de entonces consagrados al estudio. Era más: nos parecía un protector, un maestro, el más noble de los amigos. Las condiciones preciosas de su carácter predisponían fervorosamente a su favor. Jóvenes y viejos sentíanse atraídos hacia él, buscaban su amistad, necesitaban su consejo y experiencia. Los jóvenes le imitábamos su manera de ser. Nos hacía ordenados, puntuales, veraces en la inves-

tigación, rectos en la reflexión. Nuestra letra, en un rasgo de imitación de su individualidad, la copiamos de la suya, preciosa, admirable, bellísima, como caligrafía. Con pena y dolor vimos a este hombre extraordinario trepidar en su salud. El corazón comenzó a debilitarse y el trabajador infatigable debió buscar algún reposo. Solicitó la jubilación como Profesor del Instituto Superior de Comercio. Son conmovedoras las razones en que apoyó la solicitud para que se le otorgara el derecho que pedía al Gobierno. “Desde 1888 —decía— padezco de bronquitis y consecutiva a ésta una miocarditis crónica con insuficiencia del miocardio, y posteriormente me ha sobrevenido arteriosclerosis, todo lo cual, por prescripción del doctor Larraguibel, me obliga a guardar cama hasta horas avanzadas y a no subir escaleras. Ambas cosas me impiden hacer mis clases, cuyas salas todas están en alto y porque para hacerlas, tendría que asistir diariamente al Instituto entre 8 y 12 A. M., siéndome imposible ir en la tarde por no permitírmelo mi cargo de Sub-Director de la Biblioteca Nacional”. Esta solicitud lleva fecha 12 de diciembre de 1923. Casi dos años después pedía Laval la jubilación como Sub-Director de la Biblioteca Nacional. Naturalmente es interesante establecer los fundamentos en que la apoyaba, porque es un trozo de la autobiografía de Laval. Decía: “El 30 del presente mes cumpliré 42 años de servicios públicos, en el 7 del mismo 33 años años de empleado de la Biblioteca Nacional, y aunque mis deseos serían continuar en el desempeño de las obligaciones que me impone el puesto de Sub-Director de esta oficina, a la cual me ligan tantos afectos, el estado de mi salud, que se ha resentido en el último tiempo, me obliga a rogar a Ud. tenga a bien solicitar del Supremo Gobierno se digne concederme la jubilación con sueldo íntegro, que me corresponde, de acuerdo con lo que dispone el inciso 1º del art. 3º del Decreto - Ley Núm. 337 de 12 de marzo del año en curso”. La jubilación se acordó a Laval por Decreto de 7 de agosto de 1925. Al retirarse del servicio público, la administración del Estado perdía un funcionario. Un funcionario quería decir entonces un modelo de hombre en el cumplimiento de sus deberes, un competente empleado en sus tareas, un individuo de probidad indiscutible, en fin, una personalidad recia, ejemplar, cabal, fuera de toda posible discusión. Laval era eso y mucho más, porque sobre su valía administrativa indisputable, sus merecimientos intelectuales en el campo de sus disciplinas, lo hacían sencillamente superior. Así lo veíamos nosotros jóvenes hace más de un cuarto de siglo cuando abandonó la Biblioteca Nacional. Sentimos que algo propio, personal, nos abandonaba. Pero el golpe fue menos duro. Ese año, a petición expresa de José Toribio Medina, fuimos designados Conservador de la Biblioteca Americana que obsequió con su nombre a la Nacional de Santiago. Seguimos frecuentando la amistad con Laval. Estaba enfermo, pero alegre. A la Sala Medina concurría con frecuencia a visitarnos. Algo corroía el ánimo maravillosa de este hombre. Necesitó reposo y en el lecho lo encontró. Un día, el alma se le fue. Era el 14 de octubre de 1929. En

la primavera de nuestra vida, fue un dolor. No hay día que no le recordemos. Es que nos abandonó un hombre bueno, un sabio bueno, un corazón bueno. Si quisiéramos buscar un elogio de Laval que lo retratara en su integridad moral, ninguno mejor, más sencillo y leal que el de su hijo el doctor Enrique Laval. Pocas veces un hijo ha podido apreciar al padre con más independencia y justicia. Enrique Laval ha dicho de su progenitor: "Mi padre había sido minorista y teólogo en el Convento de los Padres Recoletos Dominicos, poseía una recia formación filosófica, era un latinista afortunado y había heredado de mi abuelo su espíritu francés, culto y refinado; carecía de ambiciones temporales y a todo anteponía los valores del espíritu, y disfrutaba de una mente clarísima realzada por una bondad infinita. Se sentía irresistiblemente atraído por una sencilla verdad del relato evangélico y a él ajustó siempre los actos de su vida; sintió también el llamado de las letras y en sus escritos se experimenta un grato sabor castizo, una perceptible raíz clásica. Manejaba con igual pulcritud el latín, el francés y el castellano".

Viñeta admirable. Tal era Ramón A. Laval.

Referencias. He aquí algunas fuentes acerca de Ramón A. Laval. Para algunas determinaciones bibliográficas de sus obras, se hace preciso recurrir a una publicación suya. Nos referimos a la *Bibliografía de Bibliografías Chilenas*, Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, 1915. Véanse los núms. 150 y 151. Para el mismo efecto, es necesario consultar la obra de la señora Herminia Elgueta de Ochsenius, *Suplemento y Adiciones a la Bibliografía de Bibliografías Chilenas que publicó en 1915 Don Ramón A. Laval*. Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, 1930. Véanse págs. 37 y 38, núms. 105, 106 y la addenda núm. 214. Trae una compendiosa biografía. Laval mismo hizo su bibliografía. Fue publicada en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo LXIII, núm. 67, Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1930, pág. 48-62. Redactada esta bibliografía seguramente a base de las papeletas de Laval, la estimamos incompleta. Los originales de esa bibliografía de puño y letra de su autor, los conservamos nosotros y difieren de los publicados en muchos de los asientos. Para la información biográfica, he aquí las fuentes a que puede ocurrirse:

1920. PARKER, WILLIAM BELMONT, *Chilians of to Day*. Santiago de Chile. 1920. (Imprenta Universitaria). Págs. 363-365. La biografía de Laval fue redactada por nosotros.

— CEJADOR Y FRAUCA, JULIO, *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*. Tomo XIII. Madrid. P. de la Rev. de Arch., Bibl. y Museos, 1920. Véase pág. 117.

1923. FELIU CRUZ, GUILLERMO, *Don Enrique Matta Vial. Su vida y su obra. Su acción en el desarrollo de la cultura intelectual de Chile*. Prólogo de Armando Donoso. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1923. Contiene varias e interesantes referencias a Laval.

— MEDINA, JOSE TORIBIO, *Academia Chilena correspondiente de la Real Academia Española. Paremiología Chilena. Discurso leído por Don Ramón A. Laval en su incorporación el 30 de noviembre de 1923 y contestación de Don José Toribio Medina*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria. 1923. En las págs. 83-96, se encuentra la contestación de Medina, cuya opinión acerca de la obra folklórica de Laval debe ser tomada en consideración.

1929. FELIU CRUZ, GUILLERMO, *Don Enrique Matta Vial y la Sociedad Chilena de Historia y Geografía*. Santiago de Chile. Imprenta Nacional, 1929. Como el anterior estudio, hay referencias a Laval.

— FIGUEROA, VIRGILIO, *Diccionario Histórico Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Tomo III. *Santiago de Chile*, 1929. Véase la pág. 668.

— SILVA CASTRO, RAUL, *Don Ramón Laval*. *Revista de Educación*, 1929.

1930. OSSA BORNE, SAMUEL, *Don Ramón A. Laval*. 1862-1929. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Tomo LXIII y LXIV, núms. 63 y 64, págs. 5-39 y 108-177 respectivamente. Debe reputarse este ensayo acerca de Laval, como lo más completo que hasta ahora se ha escrito sobre el eminente folklorista y bibliógrafo. Lo es por la riquísima correspondencia de Laval, de la que se sirve Ossa Borne para ilustrar su vida literaria. Abunda en datos del mayor interés relacionados con su existencia de funcionario público. Cualquier estudio que se haga de Laval tendrá que partir de este trabajo de Ossa Borne.

1956. ALMEYDA ARROYO, ANICETO, *Reseña Histórica de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía*. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. *Santiago de Chile*, 1956. N° 124, págs. 5-26. Estudio que individualiza la obra de Laval en esta corporación.

1961. LAVAL M., ENRIQUE, *Recuerdos del Capellán del Hospital de San Vicente de Paul Pbr. Don Emilio Vaisse*. *Anales de Historia de la Medicina*. Año III. 1961. Vol. único, págs. 311-357. Hay en este ensayo datos muy valiosos sobre las relaciones de Laval con Vaisse y otros sobre el folklorista.

1963. ESCUDERO, ALFONSO, *Homenaje a los señores Thayer Ojeda, Greve y Laval*. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. *Santiago de Chile*. N° 151, Enero-diciembre de 1963. El discurso de Escudero se encuentra en las págs. 10-21 y lleva por título "Palabras del P. Alfonso M. Escudero".

1965. FELIU CRUZ, GUILLERMO, *Notas para una Bibliografía sobre viajeros relativos a Chile*. Editorial Universitaria, S. A. *Santiago de Chile*. 1965. Véase el capítulo IX. Pág. 112.

Sin año. SILVA VILDOSOLA, CARLOS, *Retratos y Recuerdos*. Edición Zig-Zag. *Santiago de Chile s. a.* En las págs. 223-235, se encuentra el magnífico retrato de Laval.

Para el conocimiento de la accidentada vida del padre de Laval, consúltese el *Diccionario Biográfico de Extranjeros en Chile de Pedro Pablo Figueroa*, *Santiago de Chile*, 1900 y Ernesto Greve. *Historia de la Ingeniería en Chile*. *Santiago de Chile*, 1938.